

CRESPO

FABULAS

UNIVERSIDAD DE EXTREMADURA

TS-735

82.34
CRE
fab

TS-735

2.5833

615734437
i12176072

FÁBULAS

MORALES Y LITERARIAS.

POR

DON RAFAEL JOSÉ CRESPO,

CATEDRÁTICO DE LEYES

LA UNIVERSIDAD LITERARIA DE ZARAGOZA.



ZARAGOZA: MDCCCXX.

EN LA IMPRENTA DE LUIS CUETO.



*Insegnò della vita il buon sentiero,
E così diletto dicendo il vero.*

PIGNOTTI. FAV. I.

NOTA.

*Esta obra es una propiedad del autor;
y por lo mismo ni en todo ni en parte sin
su expreso consentimiento no puede ser re-
impresa conforme á la ley de imprenta.*



Á QUIEN LEYERE.

A mi cuenta la fábula en manos de un maestro filósofo y reflexivo es la cosa mas á propósito para formar al hombre moral, civil y literario, rectificar sus ideas, desarrollar su facultad observadora y adelantar progresivamente su razon. Las ficciones bien ideadas y vestidas con el gracioso ropage, las ricas joyas y las galas de la poesía, se imprimen indeleblemente en la memoria de los niños, siembran en su imaginacion las semillas de la filosofía práctica, ó sea, de la ciencia de las costumbres, desenvuelven mil pensamientos profundos, y mejoran las nociones viciadas.

Á los adultos son tambien provechosas; porque dan lecciones de buena moral bajo el velo agraciado de la alegoría, insinúan la verdad sin ofender, describen la fisonomía del vicio sin sal corrosiva, y censuran las vagatelas, los abusos y los viciosos hábitos sin hiel, ni

acrimonia. Escritores hay, que mirando á las fábulas bajo este aspecto, las juzgan útiles á la par de las novelas, á las cuales unos miran como la prueba mas decisiva de la grandeza del entendimiento del hombre; otros como el termómetro de la ilustracion de los tiempos y países en que fueron escritas; y yo como obras mas instructivas que las historias verdaderas, porque pintan las cosas no como son, sino como deben ser. Sin embargo, las mil y mas que se leen al dia de hoy, si se exceptúa algunas pocas, están muy lejos de poder correr parejas con las alegorías de Esopo, de Pilpai y del príncipe don Manuel en el Conde de Lucanor. Los cuentos de estos ingeniosos filósofos no alimentan la sensualidad, no forman el espíritu caballeresco, no presentan héroes dignos tal vez de maldicion, no son un cuadro alhagüeño de vicios desfigurados en virtudes, de costumbres frívolas, de flaquezas humanas sin interés, de lances ó situaciones capaces solo de picar la curiosidad.

Hablemos ahora de mis fábulas. Estas son mis primeros ensayos de poesía, obras del momento, y frutos de una edad demasiado temprana y de unos estudios inmaturos; porque las hice muchos años ha, á excepcion de algunas pocas. No lo digo para que los críticos

desapasionados las miren con ojos de indulgencia: ¿qué importaría que fuesen obra de una edad robusta ó avanzada si fueran buenas, si hubiese en ellas mocion de afectos, magia de risueño colorido, poesía descriptiva, naturalidad de diálogo, verdad de caracteres, gracia y candor?

Haylas originales, y no pocas: en las que no lo son, lo es quizá la manera de trazar y ejecutar sus planes, como es fácil de ver por medio de una comparacion analítica de los argumentos que he tomado en cerro de fabulistas ó de escritores de otra clase; y particularmente cotejando mi apólogo de *la rebelion de los animales* con el mismo del español Ibáñez, ó el del *sombrero* con el de Gellert, ó el del *mastin delincuente* con el de Florian, ó el del *rey y los presidiarios* con el del abate Sabatier, ó en fin el del *convite de los ratones* con los de Esopo, Horacio, La-Fontaine, Samaniego y Argensola. Dejo aparte que en sentir de algunos la buena eleccion de pensamientos vale por invencion: voy solo á que á La-Fontaine, á Florian, á Gellert, á Samaniego y á tantos otros no se les desestima á pretexto de que rara vez son originales. Florian ha dicho: „en poesía, como en la guerra, es ro-
„bo lo que se toma de sus hermanos; pero es

„conquista lo que se arrebató á los extranjeros.” Y Laharpe escribió muy sensatamente: „si hay un fondo literario, que particularmente pertenece al que le da valor, es á la verdad el apólogo; porque perdida es la lección, si no la dais la gracia y el interés que la hacen se conserve. Desde que la verdad vá desnuda, con frecuencia la acaece acatarrarse; ¡honor al que sabe vestirla de manera que se presente en el mundo con buen suceso!” Y yo pregunto: ¿no tengo yo derecho á repetirlo? ¿Y por ventura no es una cosa casi en ecuación con la originalidad ataviar los pensamientos ajenos de manera que agraden, dar un nuevo ser y una nueva forma al emblema de la ficción para que no caiga en olvido; y en menos palabras, aplicar los trabajos de la lima, del retoque y de la mejora á los descuidos y negligencias de otros? Quizá y sin quizá valiera mas al escritor trabajar obras originales, aunque fuesen muy imperfectas; porque cuando trabaja sobre asuntos ya conocidos, es cosa segura que se le achacarán cuantos defectos note una crítica melindrosa y descontentadiza, y cuanto haya digno de alabanza se atribuirá al primer autor. Como quiera que sea, no solo me he valido de argumentos ajenos, sino que tambien he procurado imitar á los mejores fa-

bulistas. En esto si hay algo de reprehensible será la imitacion servil y pedestre; será obrar á semejanza de los discípulos de Platon y Aristóteles, que faltos de las luces y del genio de sus maestros les remedaban en la corcova y la habla tartamuda; pues por lo demás es muy loable y aun necesaria la imitacion. ¿Cuántos serían autores á no serlo otros antes? Los autores originales tienen la gracia de producir otros como ellos.

He considerado á la fábula como un poema de la razon, que por su temple y mecanismo genial es susceptible de las mayores bellezas. A veces ni la sublimidad, ni la grandilocuencia, ni los expresivos toques de pincel, ni las tintas melancólicas, ni la vivacidad de afectos, ni la fuerza cómica, ni el delicado colorido la sientan mal. Esto no obstante, yo opino que se debe guardar cierta parsimonia en el uso de razonamientos, imágenes, cuadros y pinturas sublimes y magestuosas: si son frecuentes y postizas, llevan consigo no sé qué de desagradable. Es triste ver al italiano Lorenzo Pignotti escribir fábulas á la manera de quien escribe odas: es tambien triste que su compatriota Juan Bautista Roberti se haya distinguido con una poesía de estilo falta de simplicidad y llena de tintas relumbrantes y me-

lindrosos atavíos, que no es característica ó distintiva de este género de composiciones; y es tristísimo observar en los ingleses Gay, Moore y Wilkie el aire y tono de austeridad de un escritor elegíaco y sombrío, digámoslo así. Yo amo al lujo y la prodigalidad únicamente en los gracejos, los donaires, las gracias de la dición, la delicadeza epigramática y la amable jocundidad. Á un fabulista rara vez se le podrá reprehender el *culturne laborat* que afea Lucano en Cleopatra, por mucho que sazone, amenice y agracie sus narraciones, cuya principal dote es el *molle atque facetum* de Horacio. En orden á reglas, he cuidado de no quebrantarlas: bien que á juicio de los que lo tienen, son mas útiles para criticar que para componer. La fábula mas bien ajustada á los cánones de las mil poéticas será insípida y desestimable, si faltan al escritor don de genio, don de vivacidad, de imaginacion, don de buen gusto, táctica de escribir con donosura y talento de narrar: el que haya leído las fábulas de los alemanes Pfésel, Lichtwehr y Hagerdon, ó de los franceses Furetiere, Le-Noble, Desmay, Le-Brun, Bret y Schosne, ó las de los españoles Folgueras, Valvidares y otros, echará de ver esta verdad. Para filosofar á la es

piana, no hay mas reglas que seguir las pisadas de los buenos fabuladores, presentar las moralidades con aire de gracia y novedad, derramar festividad á manos llenas, abundar en naturalidad de expresion, ser caudaloso en sales áticas, poseer bien la arte del diálogo, y estar dotado de un tacto de espíritu muy delicado. Aquel es buen fabulista, que se hace amigo de todos los lectores, es original aun sin inventar, cuenta poseido de buena fé, excita una risa inocente á la par de deliciosa, conmueve, arrebatá y enamora á un mismo tiempo, y es el poeta de los niños, del pueblo y de los filósofos. Tal vez contra las reglas omite la moralidad, y entónces es la alhagüena Ninfa de Virgilio, que

Et fugit ad salices, et se cupit ante videri.

De propósito uso yo de diferentes metros para evitar la uniformidad, que tanto desagrada. Iriarte ha dado este egemplo entre nosotros: yo lo sigo; ¡mas cuánto no embaraza para hacer esta carrera con honor! Las leyes tiránicas de una rima difícil siempre serán en mengua y quiebra de la gracia y amenidad de la narracion. Á decir la verdad, la rima es en los mas de los poetas de las lenguas

vivas el origen de pensamientos flojos, de epítetos é ideas ociosas, de expresiones refinadas y del paralelismo de los versos, digámoslo así, Ello es forzoso que suceda lo que dijo un poeta inglés:

.....*Still make
The one verse for the other's sake
For one for sense, and one for rhyme.*

Es como decir que el rimador hace un verso en obsequio del otro; y que si el uno es hijo de la reflexion, lo es el otro de la rima. En quanto al estilo, he procurado de industria la sencillez y la popularidad, dirémoslo así, desnudándolo de casi quanto constituye al lenguaje de las musas. ¿Hay por ventura otro medio para ser útil á los niños y al pueblo, á cuya enseñanza es consagrada la poesía fabuladora? Á la verdad, por muy maravillosos que sean los raptos, los vuelos y la magestad de Píndaro y Horacio, el fabulista que siguiera sus huellas se asemejaría á aquel Aristósemo de Cyrene, que sazónaba la lechuga con miel y vino.

De la moral y la filosofía de mis fábulas, hay pocas cosas que advertir. Escríbase lo que se quiera, jamás debe ser el propósito de un escritor pundonoroso ridiculizar personas co-

nocidas, aplicar agradables colores á los vicios del espíritu y del corazón; desmejorar las costumbres públicas y viciar las nociones bien recibidas; el que así lo hiciere, obrará á semejanza de la muerte en el Paraíso perdido de Milton, que traza un camino desde el infierno á la tierra para que pasen á ella los espíritus del abismo. Así obró La-Fontaine, en sus cuentos, aquel La-Fontaine, que pensaba reparar el daño que hacía á las costumbres distribuyendo entre los pobres el producto de las ediciones de sus versos desmoralizadores: así obraron otros; pero yo no pienso así. Si la copa de la verdad es á veces amarga, yo quiero bañar sus orillas de miel para que se beba: en suma yo me propongo ser filósofo y agradar á los que no gustan de obras profundas para serles útil.

Et cane quod quaevis nosse puella velit.

Hé aquí una excelente máxima para los escritores; y plegue á Dios que de mis obras nunca se diga lo del pastor de Virgilio:

....O pueri! fugite hinc, latet anguis in herba.

En conclusion: no doy á luz ahora sino una

parte de las fábulas que tengo trabajadas; y una ó otra ha sido ya vista por el público, quien no debe extrañar mis defectos tanto mas dignos de indulgencia cuanto no pretendo que entre mí y los mejores fabulistas haya puntos de contacto ó semejanza. A juzgar con severidad, ¿qué sería de los apólogos de los italianos Bertola y Clasio, de los alemanes Gellert y Lessing, de los franceses Dorat, La-Motte, Le-Monier, Nivernois, Selis, Chabannon, Andrieux, Saint-Just y de otros mil, que pasan plaza de fabulistas ingeniosos? Esopo y Lokman, Fedro y Commire, La-Fontaine y Florian, Iriarte y Samaniego, que son los mas aventajados fabuladores, ¿son siempre sencillos, siempre iguales y siempre libres de los pliegues y las arrugas del espíritu, á los ojos de una crítica austera y rigurosa? ¿Y qué harían los críticos con la regla y el compas en la mano, si ellos escribiesen ficciones? El autor de Zaira, que tantos y tantos defectos halló en La-Fontaine á la luz de una teoría filosófica y espirituosa, ¿no desesperó de sobresalir en este linaje de poesía, sin embargo de su ingenio maravilloso?



H. S. L. 1840

Bajo el manto de alegre Poesia.

CANTATA.

No el ruido, no el espanto
 De sanguinosas lides,
 No bélicos ardidés
 Del militar furor:
 Yo solamente canto
 De aves, peces y brutos



Hechos, vida, atributos,
Usos, tretas y amor.

Ó tú, mortal, que escuchas mis acentos,
Si enojosa tristeza
Te oprime entre quejidos y lamentos;
Ó por saciar su bárbara esquiveza
La inclemente fortuna
Te aja desde la cuña;
Ó si alma de filósofo te ha dado
Por tu desgracia el hado,
Huye los ojos de mis versos luego,
Por tu bien te lo ruego;
Pues no hallarás aquí sabiduría,
Teorías grandiosas,
Osado plan, ó sabia economía,
Ni mucho menos sátiras odiosas,
Con que en vez de afrentar de vicio al nombre,
Se deja al vicio en paz, y afrenta al hombre.
Á la verdad, mi objeto
No es que me nombre el hijo de mi nieto,
Ó ver mi nombre en marmol esculpido,
Ó ser de licenciosos aplaudido.
La gloria de agradar es gloria fútil;
Y es trabajo perdido
El trabajo de aquel, que á nadie es útil.
Yo escribo para el pueblo y los muchachos;
Y á vueltas de la chaítza
Les presento en mis versos la enseñanza,
Los lobos, las ovejas y los machos,
Los gatos y ratones,

Mis héroes ve aquí, vé mis varones ;
 É intento perpetuar en la memoria
 Sus discursos, sus hechos y su historia.
 Mas útiles lecciones
 Inspirarán la oveja y el cordero
 Que los insignes héroes de Homero.
 Aquí los brutos obran y razonan ;
 Y aquí con energía
 Al hombre sus deberes le pregonan :
 Y ya que la verdad desnuda ofende ,
 „Bajo el manto de alegre poesía“
 Sin agraviarse el díscolo la entiende.

Aquí verá el lector pequeños dramas
 Con su fúdo, su accion, su desenredo,
 Verdad de caracteres, chistes, tramas,
 Grata expresion de afectos y pasiones,
 Verosímil enredo,
 Y envueltas en ficciones
 De la buena moral sanas lecciones,
 Los actores son aves y animales ;
 Y yo decoro, narro, moralizo,
 Pinto, ridiculizo,
 Presento situaciones teatrales,
 Trazo ademanes, gestos y actitudes,
 Los vicios mofó, ensalzo las virtudes;
 Y aunque al vicio condeno,
 No ofendo á las personas licencioso,
 Que al hombre miro siempre cariñoso,
 Al malo por piedad, por gusto al bueno;
 Y si persigo al crimen insolente,

Miro como á mi hermano al delincuente:
 ¿Por qué no lo he de hacer? Para mí el hombre
 Nunca es de odioso nombre:

Así que quien la fábula se aplica,
 No me acrimine á mí, pues él se pica.

Como quiera que sea,
 Yo digo la verdad y no la digo:

Quien de ella sea amigo
 Imposible será que no la vea;

Y el que oirla sintiere
 Ó de verla á las claras se ofendiere,

Algo difícil es que aquí la lea.

En resúmen: mi intento

Es instruir con uno y otro cuento;

Y plegue á Dios que el necio y el prudente

Tengan siempre este aviso muy presente:

La verdad no ofenda

Que insinúa grave

El bruto ó bien la ave,

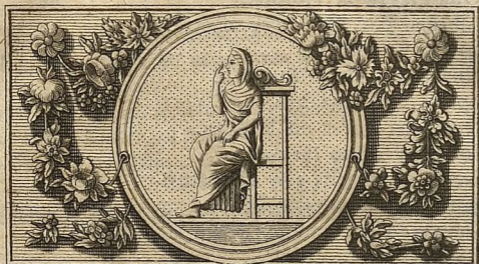
La planta ó el pez;

Y hasta el simple entienda

Que al hombre en paz dejo,

Y solo motejo

La ridiculez.



FABULA I.

EL PÁJARO Y EL PASTOR.

Un Pastor de una aldea
 Apresó á un Ruisenor : ¡Ay qué embeleso!
 Le llevo á Galatea :
 ¿No me ha de dar por él siquiera un beso?
 Así alegre decía ;
 Pero ¿y la jaula, en que morar debía?
 Aquí de su agudeza :
 Echa á tierra al instante su sombrero ;
 Con cuidado y presteza
 Encierra dentro al pobre prisionero ;
 Y al pié de su chocita
 Traza con mimbre y junco una jaulita.

¡Qué alegre la labraba!
 Un abrazo por premio se ofrecía:
 ¡Cómo le presagiaba
 Un instante feliz su fantasía!
 Sin pena, sin zozobra
 Entrelazaba flores en la obra.
 Pero ¡ay cómo los gozos
 A vuelta de cabeza son disgustos!
 ¿Cuándo los alborozos
 No han sido precursores de los sustos?
 ¡Oh pobre Pástorcillo!...
 ¿Que ha muerto por ventura el pajarillo?
 ¡Ay quién lo creería!
 ¡Que no haya de durar ningún contento
 Un año, un mes, un día;
 Y estén al par sujetos al tormento
 Los reyes, los pastores,
 Los lacayos, los pages, los señores!
 Pues ¿qué pasó? ¡Oh inclemente!
 ¡Oh fatal condicion! Un cierzo frío
 Soplando de repente
 Arrebata el sombrero á un hondo río,
 Y huyen sin embarazo
 El Pájaro, y el beso y el abrazo.
 ¡Ah triste humana suerte!
 ¿Qué torre encastillada de contento,
 Qué murallon, qué fuerte,
 No estriba sobre flaco fundamento?
 ¿Quién no tiene á fé mia
 Debajo de un sombrero su alegría?

Nada en el mundo es fijo:
 Al placer puro, la esperanza grata,
 Cuanto da regocijo
 Un viento, una avecita lo arrebatá;
 Ni valen contra el susto
 La ciencia al sabio, la virtud al justo.

FÁBULA II.

JÚPITER, EL RUISEÑOR Y EL ELEFANTE.

Á la voz poderosa
 De Jove omnipotente
 Se pobló el aire, el suelo y mar oncosa
 De un sin fin de animales prontamente.
 ¡Qué inefable bondad! Pez, bruto y ave
 Mostró su gratitud en voz süave.
 ¡Con qué agradable canto
 Pregonó el Ruiseñor, del bosque encanto,
 La magestad y los excelsos nombres
 Del Padre de los Dioses y los hombres!....
 En ademan humilde y respetuoso
 Estuvo noche y dia
 Sobre un quejigo hojoso
 Al cielo dirigiendo su armonía.
 No lejos se veía
 Mostrar su gratitud el Elefante,

Postrado en actitud muy insinuante;
 A breve rato escúchase el lamento
 De otro animal enfermo, macilento,
 Sobre el césped tendido,
 Sin otro valedor que su gemido.

En tanto, pues, que la avecilla canta,
 Y de hoja en hoja vuela,
 El piadoso Elefante se levanta,
 Acércase al enfermo, le consuela,
 Le hace un lecho de flores, y al momento
 Se va, vuelve y le da grato alimento.

A su vuelta retumba horrible ruido,
 El ex aéreo cruje estremecido,
 La mar al cielo crece,
 Humea el alto monte comovido,
 Y Jove sobre el viento se aparece
 De oscuro torbellino rodeado,
 De rayo asolador acompañado.
 Cuatro veces tendió su vista grave,
 Cuatro el bruto tembló, cuatro la ave;
 Y en voz de complacencia,
 Con augusto semblante
 Acepta el corazón del Elefante,
 El culto y sin igual beneficencia,
 Y exclama á breve instante:
 „Aprended, Ruisiñores,
 „Á adorar al Señor de los Señores.“⁶⁴

FÁBULA III.

EL MASTIN DELINCUENTE.

Sultan , perro prudente ,
 Negro de anca y cabeza,
 De olfato fino , de robusto diente,
 Y el verbi-gracia un tiempo de belleza;
 Á quien por su bondad y altas hazañas
 En gloriosas campañas,
 Y por siempre exhortar sus compañeros
 Á obediencia al Pastor en cuanto mande,
 Ovejas y corderos
 Llamaban á una voz Sultan el Grande;
 Al fin ;quién lo diría!
 Cometió una cruel alevosía.
 Silvandro el mayoral , si bien piadoso
 Y mas que condolido de su suerte,
 De la vindicta pública zeloso
 Le condenó por fin á egemplar muerte.
 ¡Triste lector! Si vieras
 Formadas las ovejas en hileras,
 Tocando los pastores á degüello,
 Detrás Sultan de hinojos,
 Caído el rabo y el cordel al cuello,
 Las lágrimas corriieran de tus ojos.
 Mas luego aun de llorar no te acordáras
 Si á Sultan escucháras,
 Que con débil acento

Pronunció este eficaz razonamiento:
 ¡Oh vosotros mastines compañeros!
 ¡Oh ovejas, oh corderos!
 ¡Oh árboles sombríos,
 Testigos de los fieros hechos míos!
 Escuchad de mi vida las acciones;
 Y ved cómo nos vencen las pasiones,
 Y una leve injusticia
 Empuja al crimen de mayor malicia.
 No quiero recordaros
 De mi antigua virtud los hechos claros,
 Las glorias, los trofeos, los blasones:
 El redil, las praderas, las montañas
 Llenas, llenas están de mis hazañas.
 Siempre atento á la guarda del ganado
 En bosque ó pradería
 Jamás me oyó mastina enamorado
 Decir á su hermosura y gallardía:
 „Tuya mi voluntad, la tuya mía.“
 Mas ¿qué vale decir: he sido justo;
 Si al fin solté las riendas á mi gusto?
 ¡Ah cómo todo un siglo de inocencia
 desvanece un instante de delito!
 Yo os lo voy á hacer ver con evidencia:
 Oíd, y refrenad vuestro apetito.
 Ya ayer la alba rojeaba
 Cuando veo allá al lobo, que á un cordero
 Á fuerza de colmillo magullaba.
 Cuál súbito relámpago ligero
 Corro, aguijo, le alcanzo, y al instante

Tíño en su sangre al suelo, de manera
 Que bien decir pudiera:
 Le ví, lleguérme á él, quedé triunfante.
 ¡Ay de mí qué victoria!
 Vedme, vedme por ella delincuente,
 Y á otro ciñera de laurel y gloria.
 ¡Quién hubiera nacido sin un diente!
 Escuchad hasta el fin: Ya en tierra yerto
 Mi terrible enemigo,
 Cojo al cordero muerto:
 ¡Qué tentacion! con hambre, sin testigo....
 Por fin, viéndome solo
 Al Dios de mi apetito allí le inmolo.
 Llega en esto su madre presurosa,
 Me vé, bala llorosa;
 Yo al oírlo me aflijo,
 Temo me pida su hijo;
 Y á fin de que mi crimen quede oculto
 Me arrojo á ella inhumano
 A tiempo que un Pastor, cayado en mar
 Llega.... no espero indulto,
 Y atentar contra él no dificulto:
 Tres veces le mostré mi airado diente,
 Tres veces á pié-queda hirió mi frente.
 En suma: mas pujante,
 Mas valiente que yo me ata al instante,
 Y de mi audacia en pena
 Á ignominiosa muerte me condena.
 Así dijo; y al punto
 Al golpe de un Pastor quedó difunto.

En un árbol se puso su cabeza,
 Y abajo esta inscripcion en la corteza:
 „Quien un pié pone en el carril del vicio
 „No para hasta encontrar el precipicio.“

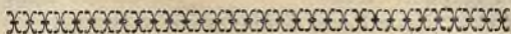


FÁBULA IV.

EL BURRO.

Á despecho del palo
 Un Burro, amigo de ocio y de regalo,
 Arrojó no sé cómo
 La cebada que puesta sobre el lomo
 Había de llevar para la siembra.
 ¿Visteis en jarras enojada una hembra?
 Pues si vale decirlo en buen romance,
 Así estaba el Borrico en aquel lance.
 Ello es que la cebada
 Por tierra derramada
 Fue para don Gorrion y doña Hormiga.
 Entre nosotros: ¿quién habrá no diga
 Que el Asno fué un solemne majadero?
 ¿No estaba ya de nones el granero?
 ¿Será su abasto el grano
 En el hibierno rostrituerto y cano?
 La leyenda nos dice
 Que no pasó buen año el infelice.

Perdóneme mi Rucio: no trabaja,
 ¿Y había de comer grano? Ni aun paja.



FÁBULA V.

LOS MONOS Y EL LEOPARDO.

Junto á una selva umbría
 Ví en Cabo-Verde yo
 Que cien Monos un día
 Jugaban á adivina ¿quién te dió?
 De una Mona en la halda
 Uno, puesto en dos pies,
 Y la mano á la espalda,
 Su cabeza escondía un sí es nó es.
 Otro muy callandico
 Iba, y al animal
 Le daba un golpecico,
 Y aquí entraba el decir fué tal ó cual.
 ¿Lo acertaba? sufría
 El del golpe su vez:
 Si nó ¡qué gritería!
 ¡Qué trotes! ¡qué reir de la sandez!
 Mas al ir ya el gallardo
 Congreso á descansar,
 Veis aquí al Leopardo,
 Que sale de la selva á mas andar.

Considere el sensato
 Si habría confusion:
 Yo creí que Viriato
 Se acercaba de Roma á una legion.
 Temíase el concurso
 Una de San-Quintin;
 Mas con breve discurso
 Calmó su miedo el Leopardo al fin.
 ¿De qué temblais? Sosiego,
 Que soy bruto de paz:
 Volved , volved al juego,
 Que yo , gracias á Dios , no soy voraz.
 Al contrario soy justo,
 Y amigo de hacer bien:
 ¡Eh! si en ello os doy gusto,
 Á jugar con vosotros voy tambien.
 Así alegre les dijo,
 Y la Mona sutil
 Un elogio prolijo
 Le dirigió de un modo muy civil,
 En seguida la mano
 Un Mono presentó:
 El Leopardo ufano
 Llega , y le da un zarpazo que la hendió.
 Como la sangre vieron
 Quien aquí , quien allá,
 Todos se escabulleron
 Sin decir , ni brincar ni así , ni asá.
 ¿Qué tal?... ¿acertaría
 Quién fué? Creo que sí;

Pues á la selva umbría
 Medio muerto escapó diciendo así:
 Con el que es poderoso
 Jugar es necedad;
 Que hasta el mas bondadoso
 Tiene uñas en la pata á la verdad.

FÁBULA VI.

LA ACADEMIA DE LOS GATOS.

Marramquiz, un Gato reverendo
 De un ojo curvo y de otro arremangado,
 Y familiar de un Físico estupendo,
 De oír hablar á su amo de Gasendo,
 Nollet, Volta, Descartes,
 Bernouilli y Newton aventajado,
 Euler y Galileo el eminente,
 Se vino ya á creer Maestro en Artes;
 Tanto que el insolente
 Institutista al uso,
 Pues enseñaba lo que no sabía,
 Un curso filosófico compuso,
 Y prometió enseñar filosofía.

Corrió la nueva; y sin pasar reseña
 De su ciencia se tuvo por profundo:
 ¡Como si no se viese en este mundo

Quien debiera aprender lo que á otro enseñal
 Creyendo , pues , los Gatos ignorantes
 Que saldrían de aquella Academia
 Filósofos ilustres y brillantes,
 Cual del caballo de Sinon un día
 Salieron los Ulises y Atamantes,
 Al Sota-Newton se presentáron,
 Y los asientos todos ocupáron.

Pues , señor , nuestro Gato
 Entre el concurso de la uñosa gente
 Con locuaz garabato
 Las nociones científicas del ente
 Puso de vuelta y media bellamente.

Ya el lector supondrá que la natura
 Revolvió con tal arte y travesura,
 Que el animal perverso
 Parecía de todo el universo
 En la fábrica rara y excelente
 Haber sido peon: seguramente.
 Habló de los hallazgos singulares,
 Verbi-gracia: telégrafos y lentes,
 Barómetros y tubos capilares,
 Esferas armillares,
 Y otros muchos inventos diferentes:
 Y oyendo hablar de tantas baratijas,
 Si bien les parecieron sabandijas,
 Los Mizos mentecatos
 Dieronle el nombre de Doctor de Gatos.

Oyó la algaravía
Zapaquilda la bella,

Reputada de todos por doncella,
 Aunque de cierto nadie lo sabía;
 Y aun diz que era una dama
 Tan rara y estrambótica, que hacía
Cama en cámara y cámara en la cama;^{*}
 Bien que en eso de ardid y buena cholla
 Para sacar garbanzos de la olla,
 Cazar en emboscada á los gorriones,
 Y hollar el entresijo á salchichones,
 Ninguno la llegaba á sus zancajos;
 Y los países bajos
 Tapando y destapando con la cola,
Que ad libitum se enrosca ó enarbola,^{**}
 Entra, y dice: insensatos,
 Indignos de ser Gatos,
 Que segun vais haciendo disparates
 Camináis via-recta para orates,
 ¿Á qué las filosóficas razones
 Si no os valdrán para atrapar ratones?
 Aprendéis una bella chuchería:
 ¿Qué, qué os valdrá saber filosofía?
 Los Gatos, que la oyeron, convencidos,
 (¡No eran en esto al hombre parecidos!)
 Mas alegres por cierto
 Que lo está un sacristan tocando á muerto,

^{*}*Verso de Villaviciosa en la Mosquée.*

^{**}*Verso de Tomé de Burguillos en la Gatomaquia.*

Se fueron tras la Gata
 Á dar los buenos dias á una rata.



FÁBULA VII.

EL XILGUERO Y LA HORMIGA.

Preso el Xilguero en lazo
 Clama , suspira , llora:
 Á su voz una Hormiga
 Viene , vé el embarazo,
 Roe , muerde , devora
 Cual afectuosa amiga;
 Y á la triste avezuela,
 Dios por medio , desliga,
 Que acá y allá cantando
 Huye caracoleando.
 Esta otro dia vuela
 Acia risueña fuente,
 Y oye de la Hormigüela
 El quejido doliente,
 Que á la agua empujó el viento;
 Y aunque acia á la orillita
 Se remueve , se agita,
 Es salir vano intento.
 El pájaro al momento
 Lleva allá una pajita:

El insecto se agarra,
Mueve una y otra garra,
Y en ella á fuera sale.

!Oh cuánto hacer bien vale!
¡Oh mi Hormiga bizarra!
¡Oh mi buen Xilguerito!
Salud , vida , apetito
Os deseo á los dos:
¡Bendita tú de Dios!
¡Y tú de Dios bendito!



FÁBULA VIII.

EL RAPOSO PREDICADOR.

En magestuoso trage,
Con grave voz y con semblante adusto,
Y en nervioso language,
Hijo de la elocuencia y del buen gusto,
Exhortaba un Raposo
Á dejar el carril del vicio odioso.

¡Cuanta filosofía!
¡Cuanto de uncion , de fuerza , de ternura
En su diction se vía!
Por fin era tan grande su dulzura,
Que si el hombre le oyera
El Ciceron del bosque le dijera.

Su Magestad reinante,
 Que era un Leon del genio y la elocuencia
 Entre honrador y amante,
 Y un sí es nó és melindroso de conciencia;
 De su fama se asombra,
 Y su orador de cámara le nombra.

Fué de ver cómo un dia
 Contra los vicios que él llamó locuras;
 Usó de su energía:

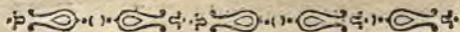
Puso en juego osadísimas figuras,
 Hizo hablar á los muertos,
 Y aun personificó mares y puertos.

Allí dijo del Lobo,
 Allí del Tigre; allí del Leopardo
 Aquel vivir del robo,
 Aquel jugar del diente nunca tardo,
 Y aquel vibrar la uña,
 Que á un tiempo hiende, taja, abre y rasguña.

Del vil asesinato
 ¿Cuánto no dijo el orador austero?
 Entre dientes del Gato
 Hizo oír del Raton el ay postrero;
 Y ante el Oso sañudo
 Mostró todo temblando al Buey membrudo;

En fin mudó de tono,
 Y concluyó probando con razones
 Que él no dado al encono,
 Él que se hace señor de sus pasiones
 Y huye el placer inmundo,
 Es el solo feliz en este mundo.

Y tú, mortal ilustre,
 ¿Cuánto no eres feliz! El Leon exclama:
 Del bosque honor y lustre,
 Digna es de premio tu virtud y fama:
 ¿Qué dignidad, qué grado
 Quieres por galardón en el Estado?
 Señor, dijo el Raposo,
 Tanto amo poner freno á la insolencia;
 Y el Gallo es tan odioso
 Por su torpe cantar é incontinencia,
 Que solamente quiero
 Ser juez pesquisidor del gallinero:
 Aquí dirá el leyente:
 ¿Habla el cuento de un frayle vagabundo?
 No, señor: cabalmente
 Pinta al sofista dado al vicio inmundo,
 Que la virtud proclama,
 Y veneno mortífero derrama.



FÁBULA IX.

LOS RATONES EN CÓRTEZ.

Tanto Raton un Gato se comía
 Que elástico su vientre parecía:
 Al pobre que agarraba
Hóspite insalutato se le echaba.

Don Roepan el Gordo,
 Cacique un poco ciego, un mucho sordo,
 Veía con dolor que andaba á nones
 La república toda de Ratonés.
 Á hurtadillas del Gato,
 Al este desahogar su amor al plato,
 Que armisticio de encías
 No pudo conseguir en muchos días,
 Los Padres de la Patria á Cortes llama,
 Del Bruto uñi-potente la alta fama,
 La táctica asombrosa de su diente,
 Y el medio de evitar dichosamente
 Tanto raticidio, tanto susto,
 Fue la materia del Senado agosto.

Ponderó Roepan con fuerza extraña
 La uña de la ratívora alimaña,
 Y las tretas del hombre,
 Gato en los hechos ya que no en el nombre,
 Ó armando ratoneras,
 Ó cerrando las chicas madrigueras,
 Do diente sobre diente
 Pasaban muchos días ciertamente;
 Y concluyó nervioso:
 Alto, á escapar de aquí, porque es forzoso
 Buscar otra guarida, otros vivares
 Ó en montañas, ó en fiscos, ó en pomares.
 ¿Qué valen los placcres de la mesa
 Entremedias del susto y la sorpresa?
 Allí sin ratoniles pesadumbres
 Ya comerémos yerbas, ya legumbres.

Mas la *quesilatría*,
 Devocion de sus padres hasta el dia,
 Era fuerza dejar: ; Ó qué de errores
 Sanciona el egemplar de los mayores!
 Toditos reprobáron de uno en uno
 El proyecto oportuno,
 Que contra la razon esclarecida
 Prevalece costumbre envejida,

FÁBULA X.

EL ZORRO Y EL CONEJO.

Política de fábrica de casa,
 ¡Oh á cuanta fechoría se propasa!
 La ley del fuerte es criminal invento:
 ¿No es otra cosa mas? Chiton, y al cuento,
 Iba en tiempo de guerra de avanzada
 El caballero Zorro á una cascada,
 Sin municion de boca;
 Pero con hambre, y en verdad no poca,
 Á un pecador Conejo halla agachado,
 Y á consejo de guerra de contado.
 Fué el interrogatorio: cosa es clara
 Que eres tú desertor, segun la cara.
 El Conejo contesta: Señor mio,
 Yo soldado no soy: ¡qué desvarío!

El Leon, que Dios guarde,
 No me quiso dar plaza por cobarde.—
 ¡Ah! sí; mas resentido de aquel dia,
 ¿Porqué sirves á la Águila de espía?—
 ¿De espía?... ¡Fuego en todas!
 El reo replicó: ¿porqué me apodas?
 Dios me libre dé ver á esa madama,
 Que á mi familia estruja y se la mama.—
 Y bien: ¿á qué esas armas á la nuca?—
 Son orejas, Señor: ¿quién lo trabuca?—
 ¡Guarda! prorrumpió el Zorro alborotado:
 Tú convencido estás reo de Estado.
 Y aplicándole el diente
 Allí le castigó militarmente;
 Porque no era en verdad leve delito
 Ser flojo, apetitoso y exquisito
 Para un ajilimójili sabroso,
 Que es lo que da derecho al poderoso.

FÁBULA XI.

LA REBELION DE LOS ANIMALES.

Aquella precursora
 De la hambre, de la peste y la ignorancia,
 La guerra asoladora,
 Que es un diablo en sustancia,

Del Rey de cuatro pies turbó la estancia.

Era el Leon un bruto

En eso de razon , pero severo

En costumbres , astuto,

Y amen de justiciero

Premiador del ingenio verdadero.

En un pueblo que altera

En Derecho de Bestias al de Gentes,

Cual el de Brutos era,

Son mas que algo frecuentes

Tumultos y asonadas insolentes.

Un dia , pues , ¡qué aciago!

Yo me acuerdo muy bien que era en hibierno:

Dia de horror y estrago,

En que contra el gobierno

Se sublevó la gente de uña y cuerno.

¡Ay de quien vive en tierra,

Donde la rebelion enloquecida

Mueve intestina guerra!

Honor , hacienda , vida

Bien arriesgada está sinó perdida.

La virtud y la ciencia

Sufren entre el desorden y el bullicio;

Y tal vez la insolencia

Y el criminoso vicio

Las conducen al último suplicio.

Volviendo al triste caso ,

La turba de las Bestias desfrenada

Marchaba paso á paso

Y en batalla ordenada

Á la corte del Leon encastillada.

Un Burro sin amores,
 Sin dinero, sin hijos, sin criados,
 Libre de acrehedores,
 Y sin otros cuidados
 Que el de correr las selvas y los prados;
 Por azar descubierto,
 Aunque de ánimo quieto y floja raza,
 Forzado fué por cierto
 Bajo horrible amenaza
 Á servir de trompeta y tomar plaza.

El señor Rey en tanto
 Sus leales reúne, arma y alienta;
 Y vestido de espanto
 La batalla presenta,
 Hierde, derriba, mata y amedrenta.

Bien como el Cid bizarro
 En el Turia, de España honra y decoro,
 Ó en el Perú Pizarro,
 País de error y de oro,
 Terror este al Gentil, aquel al Moro:

Yo le ví, yo, de enojo,
 De polvo y de sudor la faz variada,
 Cual ascua ardiente el ojo,
 En una heroica uñada
 Despedazar al Buey una quijada.

¡Cuanto Tigre, cuanto Oso
 En sangre tinto alzó el clamor al cielo!
 ¡Ay cuanto sedicioso
 Tendido por el suelo!

¡Cuanta viuda aquel día sin consuelo!

Entre ayes y muertes

Su esfuerzo los rebeldes redobláron;

Sin disciplina fuertes

Cual héroes peleáron;

Mas vencidos al fin capituláron.

Fué de los pactos uno

Que al tumultuoso autor del desacato,

Para el real desayuno,

En sazonado plato

Se entregaría asado á breve rato.

Y bien : ¿quién fué la ofrenda?

¿Acaso el Leopardo altivo y lucio?

¿Ó la Onza cruel y horrenda?

¿Ó el Lobo osado y sucio?....

Mas ¿quién podía serlo sino el Rucio?

Pues al Rey le decían :

Él, él nos provocaba á civil guerra;

Y á su voz concurrían

Los de la llana tierra,

Y los Brutos del bosque y de la sierra.

Ello es que al fin fué asado:

¿Y qué? ¿mas de una vez el prepotente

No ha sido quizá honrado;

Y el flaco, aunque inocente,

Juzgado vil y aleve delincuente?

FÁBULA XII.

EL LEOPARDO ENAMORADO.

Error , ceguedad , locura,
 Vé aquí de amor la familia:
 Donde él entra , vuela el seso;
 Donde reside , á Dios dicha.
 ¡Qué de ayes! ¡qué de disgustos!
 ¡Cuanto daño! ¡cuanta ruina!
 Mas ; cuánto de desacierto!
 Un Leopardo lo diga,
 Que amaba al par de sus ojos
 Á una Mona muy damita.
 Erase la tal una hembra
 De recibo , pura y limpia,
 De ancas abajo algo negra,
 Y parda de ancas arriba;
 Que sabía , á lo que dicen,
 Y esto á las mil maravillas,
 Andar en dos pies , bailar,
 Voltear , ponerse en cuclillas,
 Y con el flexible cuerpo
 Hacer dos mil cortesías.
 Vióla bailar en un árbol,
 Y vió á una dulce enemiga:
 Dulce dije, ¿porqué no?
 Así amor las cosas pinta.

Concluyamos: la miró,
 Y le pareció una niña
 De aquellas de arda Bayona,
 De las de Dios nos asista;
 En fin: artículo de ojos,
 De lo mejor que se cria.
 Díjola su amor, sus penas,
 Suspirejos, lagrimillas,
 Cosas de fé, de constancia,
 Lo de rubor, de alma mia;
 En una palabra: aquello
 Que un tierno amante diría.
 Propúsola ser su esposo,
 Es visto que de rodillas;
 Y la prometió para ella
 Ternura, amor, buena vida,
 Y para la mona raza
 Paz, alianza, acogida.

Oyó la dama la arenga,
 Y como era algo advertida,
 Juzgó que el desden y el odio
 No eran asunto del dia;
 Porque ¿qué no hará un amante
 Si desdeñado se mira?
 ¿Y qué fuera de la Mona
 A ser uraña y esquiva?
 Así que á fuer de discreta
 Respondió, al labio la risa,
 La cara de probar miel,
 Los ojos entre si brincan.

Amor, amor, vino el tiempo
 Del gozo y de las delicias:
 Ya esposa del Leopardo,
 ¿Qué habrá que á esta Mona aflija?
 ¡Qué galan es! ¡qué amoroso!
 ¿Pues qué, si vá á policia?
 Sus palabras, ¡ay qué dulces!
 Sus prendas, ¡ay qué divinas!
 Claro, señor: Yo os adoro,
 ¿Á qué ahora damerías?
 Y querrá señora madre
 Que por esposo os elija;
 Pero ¿qué será de mí
 En medio de las caricias,
 Si uña corva y muela aguda
 Trocarán en ay mis dichas?
 ¿Si han de ser de amor estuches
 De matar las baratijas?
 Ello es que ósculos y abrazos
 El diablo que los reciba.
 Tres higas á esos arrullos,
 Á mimos así tres higas;
 Pues vive Dios que uña y diente
 Me han de herir, la cosa es vista.
 Mas para la uña hay tijeras,
 Hay para los dientes limas,
 Dejad que lime y que corte,
 Y llamaos novio hoy día.
 Una hembra, que finge amor,
 ¿Á qué de cosas no obliga?

Egemplo es el Leopardo,
 Bravo cuando Dios quería,
 Que á trueque de ser bien-quisto
 De su almivarada Ninfa
 Aun dijo que le amarrára
 De pata y cuello á una encina,
 Para con menos zozobra
 Despoblarie las encías,
 Y los muebles de agarrar
 Cercenarle á maravilla.

Como lo pensó, así fué hecho:
 Gracias á tijera y lima,
 Dientes á Dios, á Dios uñas;
 Item: á Dios bella Ninfa;
 Item mas: á Dios abrazos,
 Alhagos, juegos, delicias,
 Ósculos, ternezas, boda,
 Amor, requiebros, caricias;
 Pues como viese á su amante
 Como soldado sin pica,
 Como navío sin xarcia,
 Como plaza derruida,
 Aquí fué el lindo porrazo,
 Aquí el silvo, aquí la risa:
 Zas acá, golpe acullá,
 Hé los mimos, las caricias
 De la en víspera de esposa,
 Dama cual las de hoy en dia,
 Que nos malean el seso,
 Y sacan de las casillas;

Hé de locos amoríos
Las consecuencias precisas;
Y hé que amor todo es veneno,
Maldad, desgracia y perfidia,
Y sierpe entre flor y flor,
Y rosa entre mil espinas.
Quien fia en amor de hermosa
En favor de Grandes fia,
Y en propósito de enfermos,
Y del hibierno en buen dia,
Cuenta con los bellos ojos,
Cuidado con suaves risas;
Que amor puso al Leopardo
En manos de su enemiga,
Y amor fué quien le dió muerte;
Pues avisado aquel dia
El pueblo mono del caso,
Vélo allá que corre aprisa;
Y armado de cachivaches,
Porras y chismes de esgrima,
Le rajan, le descoyuntan,
Le magullan, le acrivillan,
Panzan, descalabran, hienden,
Sajan, rasgufian y chirlian.

FÁBULA XIII.

EL JAVALÍ Y LA CALANDRIA.

Quien quiera que sea un grande Señor,
 Aunque á medio trote no sepa leer,
 Y crea que el Tasso fué un hábil pintor,
 Y animal de la India el docto Kirkér:
 Poetas sublimes tendrá á par de sí,
 Y de ilustres sabios rodeado irá. —
 ¡Porqué, si es un necio? — Yo lo diré aquí:
 Quien lea mi cuento pronto lo sabrá.

Hocico por tierra surcando un vergel
 El Javalí á la alba iba á la sazón
 Que á coros gorgeaban alderredor dél
 La Calandria, el Mirlo, Xilguero y Gorrion.

El cántico oía el buen animal
 Mas lleno de orgullo que de gratitud,
 Creyendo sin duda que un séquito tal
 Debía á su ciencia, mérito y virtud.

Mas no lo creyera á oír su merced
 Decir á sus pollos la Calandria así:
 Venid, hijos míos, venid y comed
 Gusanos que arando saca el Javalí.

FÁBULA XIV.

LA NÍSPOLA.

Al venir el hibierno
 De nieblas pegajosas revestido,
 Con semblante aterido,
 Modelo de los Cuákaros eterno,
 La Níspola en otoño despreciada
 Ya entre el trigo ó la paja sazónada,
 En banquetes opíparos asiste.
 Tómalala un literato entre sus manos,
 Y con voz algo triste
 Al mirarla barbuda,
 Áspera en el sabor, de olor desnuda,
 Dice á los asistentes: ¿Veis, hermanos,
 Veis un fruto que amamos en diciembre?
 Pues á fé que en setiembre,
 De odoríferos frutos caudaloso,
 Ni aun le amára el mendigo mas goloso.
 Así quizás en tiempo de ignorancia
 Pasan necios por hombres de importancia.

FÁBULA XV.

LA PARRA Y EL PODADOR.

¡Ay! no me hieras tanto;

Deja el ramaje umbrío:

Yo te daré, amo mio,

Mas vino que jamás.

¿No te mueve mi llanto?

¡Oh Dios! de su hoz me vengas:

¿Qué vá á él en que yo tenga

Rama menos ó mas?

Así la vid decía

Al Podador mezquino:

Él se apiadó.... ¡Á Dios vino!

Á otro año ya no dió.

Lector, tus hijos guía

Al bien, cuadre ó no cuadre:

Por ser piadoso un padre,

¡Qué de hijos no perdió!

FÁBULA XVI.

EL CONVITE DE LOS RATONES.

AL BARON DE***

¿Mi vida y soledad, Silvio, apetece?
 Pues aun es mas dichosa que encareces.
 En casita que inunda una gotera,
 Y de salir de choza desespera,
 Donde solo un desvan es refectorio,
 Cámara, librería y dormitorio,
 Vivo sin pesadumbre ni temores:
 La paja es para mí lecho de flores;
 Y en ella y telas toseas
 Duermo, si mucho no, sin luz ni moscas;
 Bebo de lo que llueve amenudito;
 Y con gusto, reposo y apetito
 Mi olla de berzas, mi mojillo y leche,
 Mi torrezno y mi huevo en escabeche,
 El gallo y yo comemos en un plato,
 Por maestra sala el gato,
 El perro por portero;
 Y Juan Fabulador por cocinero;
 Y sin guardar las rubricas de mesa,
 Cosas leo comiendo que no pesa.
 Mis cuidados voraces y perversos
 Por mal de mis pecados son los versos;
 Pues si alguna cosuela me indispone,

Es la rima cruel: ¡Dios la perdone!
 Ello es mal, que apesara; mal, que ofende;
 Mas ¿quién vive acá abajo sin su duende?
 ¿Sería mas feliz conde en Castilla?
 Dios bendiga mil veces mi casilla;
 Pues, segun aconseja el buen Horacio,
 No es de buscar la paz en un palacio.
 Oigamos la aventura que refiere,
 Y ríase después el que quisiere.

Al ruido de un arroyo sosegado
 En el mullido césped reclinado,
 Y en dulcísimo sueño, ¡qué fortuna!
 Como soldado en paz ó niño en cuna,
 Á un Raton halló un dia
 Otro Raton, que en la ciudad vivía.
 En obsequio de huésped tan augusto
 Le introduce con gusto
 En la despensa de su humilde casa,
 Llena de berzas; granos, fruta y pasa;
 Pero el huésped honrado,
 Á la rústica vida no amoldado,
 Lo ve todo con ojo desdeñoso,
 Y al fin le aplica un diente melindroso.

Pareciéndole aquella triste vida
 Á comer en su casa le convida
 El Raton ciudadano,
 Y á *Ratiburgo* van mano con mano.
 Yendo por el camino
 Decía el ciudadano al campesino:
 La vida es fugitiva y resbalosa,

Y el vivir en miseria es triste cosa.
 Hoy es dado gozarla, hoy la gocemos:
 ¿Quién sabe de mañana? ¿esperaremos
 Venga en tácito vuelo el postrer día
 Sin gozar de las cosas que Dios cria?
 Fue el verano oloroso con mil rosas,
 Fue el hibierno con nieblas pegajosas,
 Fue la alba arrebolada,
 ¿Y siempre serás tú? ¡Quizás hoy nada,
 Polvo, hoy serás tal vez! Pues ¿qué es la vida
 Sinó vuelo veloz, breve corrida?
 ¿Qué es mas que suave rosa, ahora verde,
 Luego sin flor? ¡Y así tu abril se pierde!
 Tambien la muerte ir al desierto viste:
 ¿Á qué, pues, yermo triste?
 ¿Porqué vivir en soledad ingrata
 Si do quiera la muerte te arrebatá?
 Pues, ¡ola! el campo lejos;
 Noramala el manjar de los conejos:
 Corramos del placer á los lugares,
 Y llevemos allá los Dioses Lares.
 Iba diciendo así, y á breve espacio
 Entran en un magnífico palacio.
 ¡Cuanto hermoso tapíz! ¡Oh qué cocina!
 ¡Y la despensa llena de cecina,
 De chorizos, de quesos, de jamones!
 Dando gracias á Dios los dos Ratonés,
 En postura los pies de cabriola,
 Y limpiando al hocico con la cola,
 Roen, devoran, bullen,

Entre queso y cecina se escabullen,
 Y á cada instante de manjar varían:
 ¡Cuenta si vida alegre pasarían!

Mas ¡oh índole caduca de las cosas,
 Casi en un punto alegres y enojosas!
 Una es la hora del gozo y del tormento,
 Y es instante de afán el de contento;
 Pues cuando entre perniles se embaúcan,
 Oyen no sé qué voz, y se acurrucan
 Las orejas alerta,
 Y los ojos inmóviles en la puerta:
 Mas al sonar la llave reciamente,
 Y entrar perros y gente,
 Pared arriba van de tino faltos,
 Caen en tierra, chillan, y dan saltos;
 Corren, y en un pilar los dos se encuentran;
 Topan al fin un escondrijo, y se entran;
 Bien como ciego ante improviso toro
 Corre, tinta la faz en turbio lloro;
 Y buscando una puerta velozmente
 En la fria pared da con la frente;
 Y al fin tras de una esquina se agazapa,
 Calla, y turbado así la vida escapa.

No libre allí de miedo
 Dijo el del campo al otro cari-acedo:
 ¿Esta es tu vida alegre, estos tus gustos?
 ¡Dios maldiga al placer entre mil sustos!
 ¡Bien haya mi casilla, donde sobra
 La berza y la legumbre sin zozobra,
 Y duermo al dulce canto de las aves

En muelle lecho de las flores suaves!
 Á Dios, que allá ninguno me incomoda,
 Y vivo alegre como novio en boda.



FÁBULA XVII.

EL ALCALDE Y SU VECINO:

Como hicieres, tal verás:
 ¿Qué quida hay? Aquí entra el caso
 De un Alcalde, que fué á casa
 De un Vecino, no sé qué año,
 Á pedirle cierto chisme
 De labranza para un rato;
 Y al preguntar si está en casa,
 Oye que el mismísimo amo
 Á su criada previene
 Le diga que está en el campo.
 Calló su pico el Alcalde,
 Fuése, y dos dias pasados
 Veis allá al señor del chisme,
 Que vá á que le preste su asno.
 No está en casa, le responde
 El Alcalde: está en el prado;

Y á la sazón el borrico
Rebuzna tan recio y claro,
Que oyendo su voz el otro
Le replica : ¡pese á tantos!
¿Veis como os desmiente el rucio,
Que está en el corral cerrado?....
Á lo cual , ojos de suegra,
Y la montera en la mano,
Dijo el Alcalde en voz clara:
Mentis vos y miente el asno,
Y miente el padre que os hizo
Tan necio y bellaconazo;
Pues yo ¡bendito de Dios!
Creo á la criada antaño
Sin réplicas , sin disputas,
Y vos ¡maldito del diablo!
Dais mas fé á un triste borrico
Que á un ilustre magistrado,
Siéndome yo un caballero,
Y siéndose el rucio un asno,
Que no sabe lo que dice,
Cuando yo sé bien lo que hablo,

FÁBULA XVIII.

LA MOSCA.

Una vez y otra en la miel
 Cayó la Mosca, y salió;
 Y una y otra vez entró
 Hasta que dejó la piel.

No es el caso de reir;
 Que hombre hay, que al placer se da,
 Torna, vuelve, viene y va
 Hasta que llega á morir.



FÁBULA XIX.

EL PERAL Y EL HORTELANO,

Vejez, mal sin remedio,
 Cuna de dolor fuerte,
 Que está pared en medio
 De la inflexible muerte,
 Llenó de huecos al Peral mas útil
 Convirtiéndole al fin en tronço inútil.
 El ingrato Hortelano

Llega, la hacha arbolada.

Dícele el pobre anciano:

Señor, de mí te apiada;

De mí, que aunque soy viejo y moribundo,

Otro tiempo fuí fértil, fuí secundo,

Lo sé, replica mi hombre:

¡Cuánto te compadezco!

Yo aprecio hasta tu nombre;

Mas de leña carezco.

Diciendo así deja caer el brazo,

Y al árbol infeliz le da un golpazo

Al resonante estruendo

De entre la copa sale

Un Ruiseñor diciendo:

Tente, que aun algo vale:

Açá viene tu esposa á mediodía,

Yo la alegro sobre él con mi armonía.

Sordo al ruego y las quejas

La hacha otra vez agita,

Y un enjambre de Abejas

En un hueco le grita:

¡Ta! mira que nosotras aquí estamos;

Y deliciosa miel te fabricamos.

¡Ah pobre Peral mio!

Aquí el ingrato exclama:

Vil hacha, ¡irás al río!....

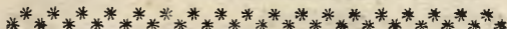
¿Yo cortar ni una rama,

Que antes me alimentó, y ahora en ella

Divierte el Ruiseñor mi esposa bella?

Dijo, y enternecido

En los alderredores
 Del interés movido
 Prometió sembrar flores;
 Que este es un orador muy elocuente,
 Y mueve á gratitud eficazmente.



FÁBULA XX.

EL CONDE Y EL JARDINERO.

Fué á pasar unos dias
 Entre zambras, bullicio y çazerías
 Á sus tierras un Conde.
 Yendo yo no sé dónde
 Ve á un rústico bajar de una colina.
 Paisano, venga acá: ¿dónde camina?—
 En busca de un amigo,
 Que me ayude á pillar á mi enemigo:
 Entienda su merced que es un conejo,
 Gordo que apenas cabe en el pellejo.
 Este animal malvado
 En mi jardin está domiciliado:
 Á media noche sale callandico;
 Su Dios me guarde hocleo
 Los árboles desflora,

Las graciosas anémonas devora.

Diréis : ponle artimañas.... ¡Oh! no vale:

Es un vicho , señor , que dellas sale. —

¿Vicho? el Conde saltó : ¿con que eso pasa?

Pues contadme mañana en vuestra casa:

Las habrá con mi perro , que es un gato

En eso de uña corva y buen olfato.

Aunque sea el mismísimo berzoque,

No le valdrá en verdad ni rey , ni Roque.

Puntual al otro dia

Va al jardin entre alegre compañía.

El ah de casa fué sin cumplimiento;

Entran , toman asiento,

Y el Conde dice : amigo , estoy cansado:

Á fin de no tardar , no he almorzado.

Ola , mi cocinero , á la oficina.

En esto una mozuela se avecina:

¡Ó ninfa á par de flor graciosa y bella!

Bien merece ser reyna esta doncella:

Ese yo no sé qué de cara y lomo

Mil galanes tendrá yo no sé cómo.

Diciendo el Conde así toma su mano,

Á su lado la asienta , y muy urbano

La dice ciertas cosas á la oreja.

Ya la ase la otra mano , ya la deja:

El padre observa que ella se sonroja,

Y de cascos adentro algo se enoja.

Mientras esto pasaba,

El cocinero arremangado andaba

Con el cuchillo en mano

No dejando á mi ver títere sano.
 Per fin salen humeando los platillos:
 Mascan á dos carrillos
 El Conde y sus adjuntos,
 Sin hacer oracion por los difuntos,
 Diciendo : es menester hacer justicia;
 Este jamon parece de Galicia.
 Alto , á beber : ¡Ó pese al rey don Sancho!
 Llenadme el vaso bien , que no es muy ancho.
 Á fé que el moscatel es peregrino:
 ¡Tres higas al Doctor con este vino!
 Así el Conde decía,
 Y entre pecho y espalda introducía
 Jamon , gallina y vino lindamente.
 Su comitiva , que era de buen diente,
 Al él mascar , mascaba;
 Y al él sorbos echar , sorbos echaba,
 Luego el buen caballero
 Manda bajar cebada del granero,
 Porque estan los caballos uno á uno
 Aguardando tambien su desayuno.
 En fin : manda en la casa , come , bebe,
 Y á la muchacha á cortejar se atreve.
 Concluido el negocio de la mesa,
 Los caballos ensillan á gran priesa,
 Suena la trompa , al perro se desata,
 Entran en el jardin : este maltrata
 Al tablero de olivos y granados;
 Aquel destroza flores y empargados;
 Uno corre á galope entre sandías;

Otro del pepinar aja las guías.

Al fin sale el conejo

Del hueco de un albérchigo ya viejo,

Corre, síguenle, aguija,

Y huye por un hendrija

Que halla por accidente en el cercado.

Presto de órden del Conde hace un criado

Un portillo espacioso, lo bastante

Para salir detrás de Juan liante

Conde, pages, caballos, perdiguero,

Item mas: su merced del cocinero.

Cuando ya les vió fuera

El rústico exclamó de esta manera:

Pardiez que estos señores

En legumbres, en árboles y en flores

Han hecho en diez minutos mayor daño

Que harían mil conejos en un año.

¿Mil? Y eso aunque hembras fuesen,

Y conejos sin fin aquí pariesen.

¡Ojalá que escarmiente en mí el Estado,

Que por leves injurias irritado

Se decide á la guerra,

Y egército auxiliar trahe á su tierra!

Mayor mal que le haría el enemigo

Le harán tal vez las tropas de su amigo,

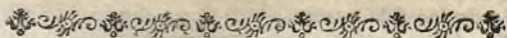
FÁBULA XXI.

EL TARTAMUDO Y EL LORO.

Un Tartamudo estimaba
 Á un Lorito que tenía;
 Y una y mil veces al dia
 Lecciones de hablar le daba.
 Ya algo balbuciente hablaba,
 Pero su amo le reñía;
 Y si bien le corregía,
 El al fin tartamudeaba.

Con tanto dale que dale,
 Dijo el amo, ¿aun no estás diestro?
 ¡Cuán poco tu seso vale!

Yo diría: ¡Error siniestro!
 ¿Pues qué? ¿el alumno no sale
 Siempre como su maestro?



FÁBULA XXII.

LOS LIRONES.

¿Quién duda que en los Alpes los Lirones
 En defecto de quesos ó jamones,

De grano ó musarañas,
 Se darían un verde de castañas?
 Uno gritó : por Dios que es gran trabajo
 Tanto al castaño subo , al suelo bajo.
 Á mí me ocurre un medio de provecho:
 Se da por el pié al árbol , y está hecho,
 En los dientes tenemos una sierra:
 Pues ¿hay mas que roer y echarle á tierra?
 Otro le interrumpió : ¡buen pensamiento!
 ¿Y qué será después? Ahí está el cuento.
 Demos , pues , que cortemos al castaño,
 Aquí te quiero yo : ¿qué dará otro año?
 Ola , pues , ¿yo roerío?... ¡Tate , tate!
 No se dirá por mí tal disparate.
 Ten cuenta con mañana , amigo mio,
 Que pensar solo en hoy es desvarío.

XX

FÁBULA XXIII.

EL DESAFÍO DE LOS DOS LITERATOS.*

Cierto Literato no de gran graveza
 De antiquo-manía era algo aquejado,

* Esta fábula , cuya gracia depende de la mezcla de voces y frases antiguas y modernas,

Y obrejas novelés leía á desgrado,
 Si quies que lo diga, por no haber belleza;
 Ca él acivilaba con mucha altiveza
 La frasi que via de fabla de allende,
 Y do quier no hallaba vocablos de aquende
 Parecérle-ía mancar la clareza.

Diz que remedijos de Rueda ó Berrío
 Había en mas prez que de Moratin:
 Decía á Meléndez el trovador ruin
 A par de don Santos, anciano judío.
 Y en guisa creciera el su desvarío
 Que por quanto bueno só la lina se halla,
 Fuéras ende aquello que hiede á antigualla,
 Faz á faz de sabios venía en hastío.

Un dime y dirte-he, ó si quier contienda,
 Huvo con un otro Doctor de alta guisa,
 Al cual lo anticuado le movía á risa,
 Magüer que era sabio cual otro se entienda;
 Y otro que sí había por muy rica hacienda
 Escrituras fechas á la nueva usanza,
 Si no me es fallida la mi remembranza,
 De viejos siniestros de ciencias se enmienda.

Desque aquel oído hubo la porfía,

es un ensayo hecho á ruego de un amigo, á quien gustaba mucho otra semejante de Iriarte, sin otro objeto que el de complacerle imitando la mas difícil fábula de aquel ingenioso fabulista.

Le nació por ello mucho grande enojo,
Y, quier por simpleza, quier por loco antojo,
Le retó al estilo de caballería.

¡Ó várame el cielo, qué sandia manía!

El otro le dijo: pero no embargante

Llevad vos manopla y aljaba tirante,

Á mí llevar place la pistola mia.

Á tales palabras respondió el sin seso:

¡Ó hí de bellaco, qué brava armadura!

Mandádome habedes muy mala ventura:

Mia fé que agora no es de pro todo eso.

Asaz era el Cid fornido y travieso;

Empero ¿qué fuera con vos en batalla?

Pardiez que el su arnés y cota de malla

Tarde le alongáran de triste suceso.

Vedes ahí, replica el otro advertido,

Como el nuestro reto finca para otro año:

Fablarades antes con juicio tamaño,

Y no vos hubiera yo redargüido.

Á la fé que en dias del Cid ó Bellido

El arma de fuego no era en la tierra:

Invéntala el hombre, y cedo destierra

Lo que en otro tiempo fizo tanto ruido.

Como quier que sea, ¿quién no dará al viento,

Á no ser idiota, las vuestras hablillas?

Aun viérades cierto la España en mantillas,

Si solo lo antiguo fuera en valimiento.

Tornando á la fabla, Feyjoo ó Sarmiento,

Si paramos mientes, no muy bien pudiera

Fablar con vocablos de Oliva ó de Herrera,

Ca usar dición nueva cumples á nuevo invento.

¿Qué supo Cervantes de geometría?

De achaque de alquimia, ¿qué entendió Morales?

Prohijar es fuerza en materias tales

Dicciones noveles en grande cuantía.

Por ende dejemos la antiquo-latría,

Lo inútil añejo sabios desechemos;

Que así lo hizo Herrera, según qué leemos,

El cual usó voces que no oyó México.

FÁBULA XXIV.

EL BURRO Y EL CABALLO.

Mientras un triste Rucio

Á sol y agua andaba,

El regalón Caballo grueso y lucio,

La boca en el pesebre, en cuadra estaba.

Al ver al Asno, á coces

Diz que le recibía;

Apartábase del, y á grandes voces

Bajísima alimaña le decía.

Ya aburrido el Jumento

Prorrumpió al fin; ¡Yo bajo!

Si es porque soy mas útil, no me afrentos

¿Qué sería de tí sin mi trabajo?

FÁBULA XXV.

EL LORO Y LA MARMOTA

Por su charla un grande nombre
 Un Loro había adquirido,
 Y en ademan de engreído
 Así á una Marmota habló:

¡Oh qué bien imito al hombre!
 Dime: ¿no hablo á maravilla?

La Marmota era sencilla,
 Y le dijo: á fé que no.—

¿Cómo que no?... Le instó el Loro:
 Eso es decir que yo sueño:

¿No hablo yo como él risueño?

¿Y no hablo á veces con hiel?—

Norabuena, no lo ignoro;
 La Marmota le contesta:

Pero, hagamos una apuesta:

¿Á que no piensas como él?

Todos los días se nota
 Que lo que él habla, tú gritas:

¿Quién dirá, pues, que tú imitas?

Dí que copias con primor.

¡Haya pícara Marmota!

Vive Dios, no era ignorante;

¡Bien sabía qué es copiante,

Y qué ser imitador!

FÁBULA XXVI.

EL FILÓSOFO Y LA VISION.

¡Ah si yo fuera Dios! Así decía
 Un blasfemo Filósofo sin seso:
 No se puede vivir, yo lo confieso:
 A fé que de otro modo él mundo iría.

Este roba, aquel miente, el otro engaña....
 ¡Oh cuán otro es el mundo que antes era!
 ¡Quién remediarlo de una vez pudiera!
 No habría, á ser yo Dios, tanta patraña.

Bestia volviera al que con rostro enjuto
 Mata á sus semejantes con sus manos;
 Porque hombre, que aborrece á sus hermanos,
 No merece ser hombre, sino bruto.

El que no abriga al andrajoso pobre
 Teniendo sus baúles llenos de oro,
 ¡Eh! muriera sin hambre de tesoro:
 Lo comestible le cambiára en cobre.

Quien con capciosas débiles razones
 Y elocuencia que llaman de bambolla,
 Del cielo quiera hacer una cebolla,
 Miraría su lengua en los talones.

Aquí hubo de callar al ver presente
 Una Fantasma disfrazada en hembra:
 En sus ojos de amor el fuego siembra,
 Y el Sabio la requiebra soczmente.

La Vision le reprehende en esta forma:
 Sus planes, señor mio, no condeno;
 Pero aquí en confianzá: ¿es Usted bueno?
 Pues ¿porqué sus costumbres no reforma?

Yo soy unô, el Filósofo responde.
 La Vision le replica: Pues entienda
 Que un malo màs habrá sinô se enmienda;
 Y al momento se fué yô no sé dónde.

¡Cierto que era el Filósofo profundo!
 La Fantasma habló bien, seguramente:
 Si piensa cada cual que es inocente,
 ¿Cómo ha de haber reformas en el mundo?

Y al fin todos proyectos meditamos,
 Todas sanas reformas discurrimos;
 Pero solo á los otros corregimos:
 Por eso, como estábamos, estamos.

FÁBULA XXVII.

EL REY Y LOS DOS PASTORES.

¡Dios de mis padres! Oye mis plegarias,
 Y aparta de mis súbditos los males:
 ¡Perezcan para siempre guerras varias!
 ¡Oh paz! ven, y raudales
 Haz correr de alegría y de riqueza;

Dí á la infelicidad y la pobreza:
 ¡Id, id á los abismos eternos!....
 Mas ¡ay triste de mí! Yo paz anhelo,
 Y guerra sanguinosa
 Sobre yertos cadáveres reposa:
 Yo á mi nacion estimo,
 Yo trabajo, yo velo,
 Y grave al infeliz y al pobre oprimo.
 ¡Oh Dios! ¿Qué he de hacer yo, que á par de mi alma
 Quiero lo justo, el bien, la paz, la calma?
 Razonando así un Rey muy bondadoso
 Se iba al yermo sin irá,
 Cabizbajo, aflijido, oji-lloroso,
 Cuando no lejos mira
 Un rebaño muy flaco, aunque ésquilmado;
 Conducido por Tirsi con cuidado;
 Pero, no obstante, acá y allá disperso.
 Ya el cordero sin madre se alejaba
 Acia el arroyo terso,
 Ya la oveja sin hijo al bosque huía,
 Ya el carnero en el páramo balaba.
 Allá y acá el Pastor iba y venía;
 Mas mientras al cordéro recogía,
 Entre el ramage un lobo ase la oveja:
 Corre, grita el Pastor.... al fin la deja;
 Pero muerta se entiende,
 Con el rabo de menos y una oreja.
 ¡Cuál en ira se enciende
 El triste Tirsi! arroja su cayado,
 Lloza, se araña, jura,

Y maldice por fin su desventura.
 Al mirarle el Monarca acongojado
 Piensa ver su figura,
 Y se marcha con paso apresurado.

Poco mas adelante

Encuentra otro rebaño, ¡ay Dios qué hermoso!
 ¡Qué gordo! ¡qué arrogante!

El vellon vedijoso

Andar á los carneros no dejaba;

La ovejilla llevaba

Colgado de la teta su cordero;

Y Aminta, su Pastor, lejos estaba

Cantando á sombra de haya en un otero:

„Mi flauta, mis ovejas y mi bota,

„Vé aquí los solos bienes que yo quiero.

„Un Señoron diría:

„Mi coche, mi cortejo, mi marmota.

„En resúmen: cada hombre su manía!”

Por lo que hace al Pastor, algo aburrido

Dijo el Rey á sus solas: ¡qué descuido!

¡Maldiga Dios tu flauta, mentecato!

Como asome algun lobo las orejas,

¡Bien se puede decir: á Dios ovejas.

No pasó mucho rato

Cuando héte un lobo fiero

Con hambre irresistible de cordero,

Avisado un mastin por el olfato

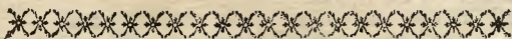
Trepa, llega, da un brinco,

Abre la zarpa bien, le echa los cinco,

Y ¡gracias á las uñas y á los dientes!

Deja allí un escarmiento á sus parientes,
 Al tiempo del combate, ¿quién creyera
 Que el rebaño estuviera
 Con aquella quietud, aquel reposo,
 Con que Archímedes, sabio prodigioso,
 Sus círculos y líneas trazaba
 Á vista del Romano belicoso,
 Que á su patria opulenta saqueaba?
 Solo un mamon cordero huyó asombrado;
 Pero partió otro perro acelerado,
 Y en una vuelta de ojo
 Le volvió acia el rebaño sin enojo.
 El Pastor—entre tanto muy risueño
 Canta al son de su flauta en mil tonadas
 Las florestas, los prados, las cascadas;
 Y no mucho después se entrega al sueño,
 Admirado el Monarca
 Llega, y habla así á Aminta cariñoso:
 Yo á la verdad extraño
 Que habiendo tanto lobo en la comarca,
 Y siendo numeroso tu rebaño,
 Cantes, toques y duermas con reposo.
 ¿Qué haces para que esté de tan buen año
 Que no estará mejor aquel, que sea
 Criado á flor y hoja de ajedrea?
 ¿Cómo tú solo llevas la manada
 Al egido, á la vega, á la quebrada? —
 ¿Cómo?... ¿Y no dais en ello? ¡O qué indiscreto!
 De esta suerte el Pastor le satisfizo:
 Pues, Señor, mi cuidado,

Mi diligencia, mi arte, mi secreto
 Para que esté rollizo,
 Grueso, junto y pacífico el ganado,
 Es tener buenos perros á mi lado.



FÁBULA XXVIII.

EL TITIRITERO.

Señores, atención, que es un portento:

No han visto, ni verán cosa mas rara

Cuantos tuvieren ojos en la cara:

Ya me diran Ustedes si yo miento.

Decía un Titerero,

La vara de virtudes entre manos,

Á un concurso muy grande, que á la cuenta

No hacía mucho caso del dinero.

Callaron todos Tyrios y Troyanos;

Y luego se presenta

Para servir á Ustedes un gran Mono,

Mas magestuoso que Sultan en trono.

Dále Maese Pedro con la vara:

El animal ¡qué asombro!

Salta en rápido brinco sobre el hombro,

Y hace como que le habla: ¡Cosa rara!

Háme dicho, señores, que les diga,

Á nadie en esto agravio,

Que se halla entre nosotros un gran sabio.

El concurso le dice que prosiga.

El Mono vuelve á hablar : ¡Oh qué fortuna!

Exclama el Titerero : en fin hay una.

La cosa es, caballeros,

Que hay aquí una muger como alma en pena,

Que á pesar de regalos y dineros

Es la misma virtud. — En hora buena:

Que sea honrada ó no , ¿qué nos importa?

El auditorio á proseguir le exhorta.

El Mono va otra vez chiti-callando,

Le habla , y burla burlando

De sus hombros le arroja,

Y finje el Titerero que se enoja.

¿Háse visto , señores , mayor bobo?

Es un Mari-Locales ciertamente:

No me ha dicho otra cosa el insolente

Sino que hay aquí un hombre , que hace el lobo.

Aquí dijo un Señor hecho y derecho:

Por fin ese es un hombre de provecho.

Á la voz el concurso se levanta,

Este grita , aquel ríe, el otro canta,

Y exclama no sé quién entre el murmullo:

Que se ponga aquí en medio , y dé un ahullo.

Al ver Maese Pedro la insolencia,

Haciendo del filósofo profundo

Prorrumpió en alta voz : así va el mundo,

¡Pobre , pobre virtud! ¡infeliz ciencia!

Un truan se merece mas aprecio:

¡Oh qué felicidad la de ser necio!

FÁBULA XXIX.

EL USURERO ARREPENTIDO.

La muerte, que así hiere, hoz en la mano,
 Al rey, al duque, al papa
 Y al mendigo sin capa,
 Como al jóven, al niño y al anciano;

La muerte, que cercada del asombro
 Aquí asoma, allí mata, allá intimidada,
 Avisando al que deja con la vida
 Que ande siempre la barba sobre el hombro;

Á uno, que era Logrero en buen romance,
 Le puso entre aquí escapo, aquí me muero.
 Ojo á la arca del oro, el Usurero
 Exclamaba entre sí: ¡terrible lance!

¡Quién hubiera vivido santamente!
 ¡Oh cuanta verdad es que solo el justo
 Puede morir sin susto!

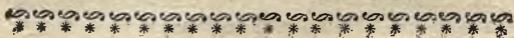
Pero, al fin, el Señor es muy clemente.

Yo he vivido sin Dios y sin conciencia:
 Yo soy un pecador, es caso cierto;
 Mas si Dios me da vida, en un desierto
 He de hacer de mis culpas penitencia.

Así fué: el pobre enfermo
 Con caldo de perdiz se corrobora,
 Suda, duerme, descansa, se mejora,
 Y á ser un San Anton se parte al yermo.

Aquí dirá el lector : Cierto que admiro
 La vida que abrazó Juan Usurero;
 Pero vamos , ¿y qué hizo del dinero?—
 Se lo llevó consigo á su retiro.

¡Y cuántos son así , segun yo siento!
 Huir quieren del mundo y de sus fiestas
 Llevándose sus ídolos á cuestras:
 ¡Qué campo para sátiras da el cuento!



FÁBULA XXX.

LA HORMIGA Y LA CIGARRA.

La señora Cigarra
 Pasó todo el verano
 Sin hacer provisiones
 Cantando y mas cantando.
 Aquí canto , allá entono ,
 La halló el hibierno elado;
 Y héte á doña Folías
 Con hambre y sin abastos,
 Con su cara de viernes,
 Y color de mal año,
 Fué la pobre señora
 Á lo hueco de un árbol,
 Á ver si doña Hormiga

Á usura la daba algo,
 Dióla los buenos dias,
 Celebró haberla hallado
 Fresca como una rosa,
 Alegre como un mayo;
 Y concluyó la arenga
 Pidiéndola prestado
 Lo que á su señoría
 No fuese necesario.
 Mas como las riquezas
 El pecho hacen de mármol,
 La mala de la Hormiga
 La dijo en canto llano:
 ¿Pues qué hizo en el buen tiempo,
 Que está sin mosca ó grano? —
 Cantaba á todo el mundo,
 La respondió, ojos bajos.
 La Hormiga la interrumpe:
 ¿Con que cantaba?... ¡Bravo!
 Ande, y bayle en hibierno
 Quien canta en el verano.
 Ojo avizor, que el cuento
 Habla con los muchachos,
 Que solo en hacer coplas
 Pasan sus tiernos años.
 De la vida el hibierno
 Vendrá muy paso á paso,
 Y ¡entonces!.... las endechas
 Seran su estéril canto.

FÁBULA XXXI.

LA MOSCA EN EL MICROSCOPIO.

El defecto de ciencia
 Nos hace ser injustos á ocasiones;
 No con poca frecuencia
 Calumniamos á ínclitos varones;
 Y lo que no alcanzamos
 Á diabólicas artes lo achacamos.
 Tú, necio é ignorante,
 Que no dices jamás; aquí hay misterio;
 Reflexiona un instante,
 Deja de decidir con magisterio;
 Y ten en la memoria
 Lo que refiere la siguiente historia.
 Un cristal transparente
 Un Artista ingenioso enseñó un dia
 Á cierta indocta gente:
 Al punto que lo vé, ¡qué algaravía!
 ¡Qué asombro pavoroso
 No excitó en el concurso numeroso!
 El caballo de Troya
 No causó tanto horror á los Troyanos:
 Por no ver la tramoya
 Se tapaban los ojos con las manos:
 ¡Qué mucho si encerraba
 Un avechucho, que terror causaba!

Tenía en la cabeza
 De planchas de oropel porción no escasas,
 Cada ala ¡qué rareza!
 Era cierta telilla como gasa;
 Y en vez de agudo pico
 Mostraba el animal un romo hocico.
 De enmedio dél salía
 Un agujon cruel aunque delgado;
 En el vientre tenía
 Seis garras encorvadas demasiado;
 Y el cuerpo ¡aquí el portento!
 Era mucho mayor que el aposento.
 Asombrada la gente
 Gritó como con aire de adivina:
 Aquí andan ciertamente
 Los polvos de la madre Celestina,
 Ó de Merlin la mano,
 Ó el anillo de Gíges el gitano.
 Todos estos dislates
 Escuchaba el Artista muy atento,
 Y dijo: botarates,
 No hay otro diablo aquí que mi talento.
 ¿Qué simple no comprende
 Que el espíritu humano es un gran duende?
 En efecto: el Artista
 Hizo ver del invento la estructura
 Presentando á la vista
 Fuera del vidrio la sin par figura;
 Y ¡quién lo creería!
 Era una Mosca la que dentro había.

FÁBULA XXXII.

EL PAYO Y EL BURRO.

Patas arriba estaba
 Sobre el césped un Asno,
 Lleno de sucias llagas,
Y á carnívoros buitres condenado,
 Un enjambre de moscas
Y otros mil gusarapos
 Cocina y refectorio
 Hacían de sus lomos y espinazo,
 Á la sazón pasaba
 Por allí cerca un Payo,
Y á compasión movido
 Ojeó á los insectos sanguinarios,
 Al Borrico á la cuenta
 No gustó el agasajo,
 Pues abriendo los ojos
 Dijo á su bienhechor con desagrado:
 Deja, deja las moscas,
 Buen hombre: ¿no ves claro
 Que ya estan esas hartas,
Y otras vendran con hambre en mayor daño?
 Piensa bien la alimaña,
 Dijo entre sí el villano:
 ¡Ojalá que la oyeran
 Razonar tan en seso mis paisanos!

En verdad nuestro Alcalde
 Es un moscon muy malo;
 Mas ¿yo desear otro?
 Pardiez que vale mas sufrir al harto:



FÁBULA XXXIII.

LOS QUESOS.

Se le puso en Madrid á un forastero
 En medio del caletre
 Vender quesos de Holanda,
 De carne ojosa y superficie blanda,
 No los vió petimetre,
 Abate ó caballero,
 Que no se los pusiese ¡qué fortuna!
 Sobre los mismos cuernos de la luna.
 Aun no bien pasó un año
 Cuando hizo publicar en la gaceta
 Que los vendía de un sabor extraño,
 Mas ojosos y espesos,
 Como hechos por Labanda allá en Gaeta;
 Y á Dios quesos de Holanda,
 El buen señor Labanda
 Pasó por el rabí de fundir quesos.
 Luego los bautizó por de Pavía,
 Y cádate á Madrid al retortero:
 No se habló de otra cosa en todo el dia:

El diablo del quesoero

Fué el mas hombre que vió la quesoería.

En fin : publicó que eran de Tudela.

Y no vendió mas quesos que su abuela;

Porque , segun decía el vulgo injusto,

No tenían color , olor , ni gusto;

Y entónces mi quesoero

Gritó en aire jovial y chocarrero:

¡Oh qué gentil manía!

Tal vez tendrán razon ; pero , señores,

¿Querran creer sus mercedes

Que ni estos , ni los otros son de Holanda,

De Gaeta ó Pavía?

¡O ignorancia del hombre , y lo que puedes!

Tan solo por el nombre de extranjero

Tributan alabanza y dan dinero,

Cuando aun ha de nacer el buen Labanda,

Y son todos los quesos á fé mia

Hechos por Juan Fernández en Calanda.

¿Y tenía razon el señor mio?

Lo cierto es que la gente

No hablaba por antojo : yo lo fio.

Ello es cosa sabida que en Viena,

En Génova , en París , Aix ó Turina

Cualquiera cosa es rara y excelente.

No es allí doña Mosca impertinente;

Son las cerezas como acá las sorvas:

Y los señores gatos

Tienen las uñas cinco algo mas corvas,

Y andan por techos como en agua patos.

FÁBULA XXXIV.

EL SOMBRERO.

Cierto Autor alemán de mucho fondo,
 Y no menos sincero,
 Hablando del invento del Sombrero
 Cuenta que allá en edades muy remotas
 Se llevaba redondo,
 Blanco, liso, sin plumas, ni garzotas.
 Pero andando los años
 Un hombre, que de todo hacía crisis,
 Hizo dél análisis,
 Tentó darle de negro algunos baños;
 Y por solo este ensayo en todo el mundo
 Pasó por sombrerero sin segundo.

Ya algo mas adelante
 Con estudio prolijo
 Le analizó de nuevo un fabricante,
 Criticó los antiguos, y así dijo:
 ¡Necios hemos andado!
 ¿No es mejor el Sombrero encandilado?
 Y hete aquí un sombrerero,
 Que tuvo en suspensión al mundo entero
 Hasta que otro sin duda mas profundo
 Otra vez le examina,
 Le arma á la cisalpina,
 Y todo el pueblo exclama:
 ¡Ya no hay mas que inventar en este mundo!

Pero ¡cuán poco le duró la fama!
 Un sabio personage
 ¿Quién lo creyera?... le añadió el plumage;
 Y al ver una ocurrencia tan gallarda
 Hizo otro una cucarda;
 Y de uno en otro invento
 Les vino al pensamiento
 El ponerle trencillas,
 Cordones, hules, cinturón y hebillas;
 Mas ¡cosa rara! todos los postreros
 Eran los mas famosos sombrereros.

Aquí el señor lector creará á fé mia
 Que la cosa es notoria;
 Mas ¡cuánto va no piensa que esta historia
 Lo es de la natural filosofía?
 Pues tanta observacion, tanto sistema,
 Tanto nuevo teorema,
 Tanta atraccion y ensayo placentero
 De noveles filósofos campeones,
 ¿Es mas de echar tres picos al sombrero,
 Ó añadirle trencillas y cordones?

FÁBULA XXXV.

EL ESPINO Y LA HIGUERA.

De un Espino de mucho tamaño
 Cerca estaba una Higuera frondosa:
 Él la dijo: Comadre, ¿qué cosa
 Que te veo sin flor todo el año? —

Sin embargo, compadre, yo echo
 Doble fruto, respondió la Higuera. —
 ¿Con que doble?... ¿Quién diantre dijera
 Que tú fueras de tanto provecho!

A esto dijo la Higuera bellaca:
 Yo parezco infecunda, y soy útil;
 Tú echas flor en gran copia, aunque inútil;
 Pues al cabo, ¿qué fruto se saca?

Y yo digo: A haber ella sabido
 De mil sabios, que su infeliz ciencia
 Es, cual flor del Espino, apariencia,
 ¿No le hubiera este ejemplo añadido?

FÁBULA XXXVI.

LA REHILANDERA.

Bajo un gajoso alœe
 Al pié de un oterito
 Yacían Silvia y Clœe,
 Y Tirsi y Damoncito:
 Ambas de edad temprana,
 Ambos sin bozo ó vello:
 Una y otra ¡qué ufana!
 Uno y otro ¡qué bello!
 Sencillos y pastores,
 Sin ajes, sin cuidados,
 ¿Qué á ellos los amores?
 O ¿qué ellos con los hados?
 Sus deliciosos dias
 No acivara el oro:
 Dijes y bujeñas,
 Veis aquí su tesoro.
 Una Rehilanderá
 Al viento desplegarán,
 Y esta diversion era
 De la que mas gustaban.
 Al verla dar en torno
 Tanta vuelta agradable,
 Y al rechinante adorno
 Ondear el ayre instable,
 ¡Cómo Clœe reía!

¡Cuál Silvia el grito alzaba!
 Damon palmas batía,
 Tirsi alegre baylaba.

Mas calma á breve pieza
 El murmuloso viento,
 Y hé tornada en tristeza
 La bulla y el contento.

Á Dios risa, algazara,
 Y brinços agraciados:
 Si el juguete se para,
 ¿Qué han de hacer los cuitados?

En efecto: aflijidos
 Hilo á hilo lloraban,
 Y mil y mas quejidos
 Tras mil y mas echaban.

Rasgados los cabellos,
 Daban entre querellas
 ¡Oh qué gemidos ellos!
 ¡Oh qué suspiros ellas!

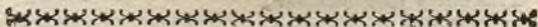
Tal y cual rato al suelo
 El triste pecho echaban;
 Y una vez que otra al cielo
 Un ay con otro enviaban.

Así se llegó á vellos
 Por entre hayas sombrías
 Silvandro, el padre dellos,
 Pastor ya muy en días:

Y creyendo que al llanto
 Tornaría en contento
 La música ó el canto,

Fué para allá al momento.
 Y á todos les dió humano
 Un abrazo y un beso;
 Y el rabelejo en mano,
 Cantó con gracia y seso:

Si entremedias de gustos
 Los trabajosos males,
 Y los esquivos sustos
 Oprimen la niñez:
 ¡Oh míseros mortales!
 Decid: ¿quién tendrá gozos
 Sin ayes, sin sollozos,
 Aun una sola vez?



FÁBULA XXXVII.

EL GRILLO Y LA MARIPOSA.

Iba de flor en flor la Mariposa
 Bien vestida, bizarra, ufana, airosa;
 Y entre el césped oculto el Grillo estaba,
 Que con ojos de envidia la miraba.
 ¡Ah quién fuera como ella petimetre!
 Yo un vicho, un pobre diablo, sin caletre,
 Garri-largo, oji-sucio, sin viveza,
 Y ella de milagrosa gentileza:
 Yo hallo apenas manjar que alegre coma,

Ella chupa al jazmin el dulce aroma
 Yo en fin solo y en víspera de viejo,
 Ella jóven y al canto su cortejo:
 ¿Qué mas? si la abandona algun amante,
 No dura el entre-reyno un solo instante.
 ¿Porqué, pudiendo hacerme como á ella,
 Un triste grillo me ha de hacer mi estrella?
 Así de su desgracia se plañía
 Cuando siente rumor y gritería;
 Y observa que una turba de muchachos,
 De puntillas algunos, otros gachos,
 Al insecto se llegan; y aunque escapa,
 Quien la tira la gorra, quien la capa:
 Al fin queda debajo de un sombrero
 El don Lindo del prado prisionero.
 Uno le coje la ala, otro la cola:
 Paró en resolucion la batahola
 En que á la ninfa de alhagüenia suerte
 Pompa, gustos, amor robó la suerte.
 El Grillo, que esto vió, dijo al momentos
 Ola, ¿en eso ha parado tu contento,
 Tu tez, tus amorfos, tu belleza?
 Lejos, lejos de mí pompa y grandeza:
 Si de persecucion son un reclamo,
 Bendito sea Dios, Grillo me llamo.

FÁBULA XXXVIII.

EL PASTORCILLO, EL CHIBO Y EL LOBO.

Orillas de Ebro un Pastorcillo habla,
 Que á un Cabrito estimaba de manera
 Que ya fuese al xaral, ya á la pradera,
 Es fama que en sus brazos le trahía.

Pero quiso la trampa al fin que el sueño

Un dia le acosase;

Y temiendo que el chibo se alejase,

Y viéndole sin dueño

El Lobo cabrécida le matase,

Si iba allá por azar de hambre aquejado,

Atásele al tovillo de la cola,

Deja el zurrón, se tiende á la bartola,

Y cátales durmiendo amodorrado.

¡Oh qué donosa escena

Dormir que dormirás el Pastorcillo

Á la sombra de un pobo,

Pacer el Chibo, y monseñor el Lobo

Pensar únicamente en la faena

De limpiar de la roña á su colmillo!

Por fin calla callando allá se llega,

Vé al Pastor soñoliento,

Abre la zarpa bien, y aquí fué el cuento

Cuerda, Chibo, zurrón, todo lo allega;

Y á la presa liado

Arrastra al Pastorcillo por el prado.

Cada vez que esta fábula repaso.

Se me figura ¡qué terrible caso!

Que veo algun avaro, ó bien logrero,

Atada al pié la bolsa del dinero,

Durmiendo como un bobo,

Y llegándose el diablo paso á paso.

Hace al pié de la letra lo que el Lobo.

FÁBULA XXXIX.

EL RIO CAUDALOSO.

Era tan insolente

Un Rio arrebatado,

Que no sufría vado,

Ni márgenes, ni puente.

¡Cuanta bestia, cuanto hombre,

Presas de su ira solo,

Del uno al otro polo

Llevó su claro nombre!

Al fin con buen consejo,

Con diques, muelles y artes,

Divídenle en tres partes

De pobre caudalejo.

Y el antes de onda fiero,

Brava y asoladora,

Tres puentes sufre ahora,
 Y vado donde quiera.
 Va de leccion muy útil:
 La fuerza dividida,
 Si un tiempo era temida
 Ya es despreciable y fútil.



FÁBULA XL.

EL ESCLAVO.

Berzas, fruta y legumbres al mercado
 En un asno llevaba
 El Esclavo infeliz de un hacendado.
 Tanto de ir y venir se fatigaba
 Que por fin resolvió ¡gran desvarío!
 Al pobre camarada echar al río.
 Aquí que no nos oye el infelice:
 ¿De qué le ha de servir seguramente
 Afirmar que cayó por accidente?...
 Ello es verdad que al amo así lo dice;
 Pero á falta de burro,
 Á lo que yo discurre,
 Siempre hubo de llevar la carga á cuestas;
 Item mas: el seron, el peso y cestas.
 ¿Y qué? ¿no fué bien hecho? De contado

No todo surte bien al que es taymado:
 Quien trate, pues, de mejorar su suerte,
 Mire que puede hacer su mal mas fuerte.



FÁBULA XLI.

EL CASTOR Y LA LIEBRE.

Si es la fortuna instable,
 ¡Oh cómo es insensato
 El que desdeña el trato
 Del pobre é infelíz!
 El ser mas despreciable
 Es para amigo bueno:
 Tal vez su ingenio ameno
 Te puede hacer feliz.

Así al Castor la Liebre le decía
 Jurándole amistad eterna y pura.
 ¡Oh qué bien que sentía!
 Lo vió por experiencia; pues un dia
 Salió un bravo Lebrél de una espesura,
 Trabó con él querella,
 Y héte al triste Castor en apretura.
 Ya le tenía á diente;
 Mas el Castor gritó tan reciamente,
 Que dejó muy á cola á Dafne bello

Cuando notó en Apolo el presumido
 Muy grande vocacion de ser marido.
 La Liebre al ruido sale,
 Y aquí de su talento portentoso;
 Sin uña como el Oso,
 Sin cuerno como el Buey, ¿para qué vale?
 Al fin halló remedio;
 Pues al ir el Lebrél á echarle el guante,
 Pasa mi buena Liebre por enmedio:
 El Lebrél al instante
 Deja al triste Castor, que al bosque escapa,
 Sigue á la Liebre acia la selva espesa;
 Y ella tiesa que tiesa
 Entre si aquí la coje, aquí la atrapa,
 Llega al vivar al cabo,
 Y haciendo besamanos con el rabo
 Le da las buenas noches lindamente,
 Y se cueña acia adentro prontamente,
 Á tiempo que iba á echarla como en chanza
 Allá en los intramuros de la panza.

FÁBULA XLII.

EL ZORRO.

Hay enmiendas de vivir,
 Que son por necesidad:

Un Zorro lo va á decir:

¡Ojo á la moralidad!

Vivía este caballero

En un islote baldío,

Donde había un gallinero,

Que fué para el señor mio:

Cuando no quedó ni olor;

Al cielo ayuno ofrecía:—

¿Y lo cumplió?— Sí, señor:

¡Como gallinas no había!

FÁBULA XLIII.

EL MONO CON CUERNOS.

Yo leí no sé dónde,

Ú oí yo no sé á quien,

Que un Mono hociquiromo,

Gran culebron á fé,

Supo que algunos brutos

Del mismísimo Argel

De cuanto ellos veían

Buscaban el porqué.

Y á un Mono pequeñuelo

Les mostró en cuatro piés,

Que tenía ¡ahí es nada!

Un cuerno en cada sien.

Pero fué lo gracioso
 Que con resina ó pez
 Cuernos de un cabritillo
 Le había unido bien.

¡Miren qué maravilla!

Gritó en voz alta: ¿Y pues?
 ¿Qué será que este pobre
 Con cuernos nació ayer?

¿Qué ha de ser?... Saltó un Buey:
 ¡Qué bobo es su merced!
 Claro es que con un Chibo
 Durmió la Mona infiel.

Quita allá, dijo un Topo:
 ¿Qué Chibo, ni qué Buey?
 Al concebir su madre
 Pensaba en él tal vez.

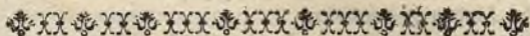
Sé que la fantasía
 (Le interrumpió un Lebre!)
 Hace de esas y de otras:
 Posible es, ya se vé.

Al oír esto el Mono
 Arrancó de la piel
 Al Monillo los cuernos,
 Y exclamó: ¡Qué sandez!

Andad enhoramala,
 Andad ¡cuerpo de quien!....
 ¿No era antes ver si es cierto
 Que con cuernos nació él?

Verdadero es el caso,
 Yo no me lo forjé;

Mas si algun critiquillo
 No lo quiere creer,
 Que trate á literátos,
 Y verá mas de cien
 Cuestiones y animales
 Primos de los de Argel.



FÁBULA XLIV.

LA LIEBRE.

De los cascos sin duda las había
 Una Liebre, que al hado maldecía
 Porque la hizo á la cuenta mas medrosa,
 Mas flaca y temerosa,
 Á lo que yo colijo,
 Que el ejército aquel, de quien se dijo
 Que estornudó un soldado de repente,
 Y al ruido se asustó toda la gente:
 ¡Qué dolor! exclamaba sobre un cerro:
 ¡Hallarme condenada por el perro
 (¡Ahí es nada la chanza!)
 Á ser el mayorazgo de su pánza;
 Y tenerme sujeta un huroncillo
 Á la jurisdiccion de su colmillo!
 Al fin no me quejara si tuviera

La cola de una sierpe horrible y fiera,
 Ó á lo menos los cuernos de una cabra
 No dijo mas palabra;
 Y condolido Jove omnipotente
 De grandes hastas coronó su frente.
 El malo, que no duerme, á breve instante
 Le presenta un Lebrel bravo y pujante:
 La Liebre de contado,
 Con el ojo avizor y el rabo alzado,
 Á pesar de sus hastas no pequeñas,
 Cruzando riscos y trepando peñas
 Corrió al vivar para evitar su encuentro
 Y ¿á qué, si la armazon no cabe dentro?
 Con efecto: le fué de tanto daño,
 Que no pudo la pobre como antaño
 Hacerle con la cola reverencia,
 Y dejarle á la luna de Valencia.

Discurra ahora el lector qué fin tendrías
 ¡Y se le estuvo bien, por vida mia!....
 Dios ¿no da á cada cual lo que conviene?
 Pues ¿á qué desear lo que no tiene;
 Y que, si á buenas lucés se examina,
 Solo le ha de servir para su ruina?

FÁBULA XLV.

LA SOMBRA DEL QUESO.

Doña Codicia madre
 Es de don Devaneo,
 Y ambos viven en casa
 Del señor don En-cueros;
 Pues quien lo mas desea
 Pierde tal vez lo menos.
 Esta filosofía
 Comprueba bien un Perro,
 El cual pasaba el Tajo,
 Entre dientes un queso;
 Y viendo en la agua tersa
 Otro de mayor cuerpo,
 Que era sombra del suyo,
 Se para, y aquí fué ello:
 Ojo á la falaz sombra
 Codiciosillo el Perro,
 Abre la boca al punto,
 Y ¡paf! suelta su queso,
 Que corrió rio abajo:
 ¿Y la sombra? ¡O qué bueno!
 Huyó ¿qué se yo donde?
 Y al barrabás del Perro
 Hétemele en el rio,
 El rabo en arco puesto,

Cara de probar hieles,
 Á lo danzante el cuerpo,
 De par en par la boca,
 Y lejos de su queso.



FÁBULA XLVI.

EL ASNO CARGADO DE ESPONJAS.

De sal molida un Burro
 Caminaba cargado:
 Entre maldigo allá, y aquí me aburro,
 Hétele al fin que pasa un río á vado.
 No sé cómo tropieza,
 Y en medio la agua yace:
 Por fin se levantó con ligereza,
 Porque la agua el volúmen le deshace.
 Aunque al gozo un tantillo
 Le acibara el zurriago,
 Parte alegre sin peso y sin hatillo,
 Y al fiador del lomo encarga el pago.
 De esponjas un gran peso
 Conduce al otro día:
 Entra en el vado el animal sin seso,
 Y hele patas arriba en la agua fria.

Mas aunque adredes lo hizo,
 Bien le pesó á la cuenta;
 Porque la agua la mole no deshizo,
 Y antes bien empapada el peso aumenta.

Pata allá, y acá pata,
 Y apoyado en el rabo,
 De levantarse en pié cien veces trata;
 Pero sí, hasta la cola tendió al cabo.

En conclusion : la muerte
 Le enseñó en buen romance
 Que es yerro garrafal , simpleza fuerte,
 Obrar de un modo en diferente lance.



FÁBULA XLVII.

LAS YEGUAS SIN OREJAS NI COLA.

Érase una oji-curva Baronesa,
 Ya viuda entre me pesa y no me pesa,
 Pitarrosa y á cuestas mucho mayo,
 Que quería casar con su Lacayo;
 Pero este se escusaba, y la decía
 Que del casorio el vulgo figa haría.—
 Hablarán malas lenguas, yo lo creo;
 Mas ¿no se pararán? Siempre lo veo.

Despues que de esta suerte moraliza,

Va á la caballeriza,

Y á las yeguas del coche tambien viejas

Quita á cercen la cola y las orejas.

Sanas de las heridas, á que aplica

Drogas y ajilimojes de botica,

Sale en coche á pasear: ¡qué batahola!

¡Las yeguas sin orejas y sin cola!

La Baronesa es loca ciertamente:

Héte aquí las hablillas de la gente;

Y en uno y otro día

El hazme-rëir fué doña Mencía,

Tanto que por do quier iban tras della

La burla, la algazara y zacapella.

Pasado un mes la novedad se pasa;

Y que vaya á pasear, que vuelva á casa,

La turbamulta no se cuida al cabo

De yeguas sin orejas y sin rabo.

Entónces dice al lacayuno amante:

¿Y pues? ¿murmura el vulgo petulante?

¡Mira, mira, simplon, como ya paso

Sin que se haga de mí maldito el caso!

Pues lo mismo será de nuestra boda:

Murmurará, es verdad, la ciudad toda;

Habrá zumba, rechifla, vocería;

Este dirá sandez, aquel manía;

Mas la murmuracion tendrá sus treguas,

Y seremos al fin como las yeguas.

FÁBULA XLVIII.

EL PLEYTO DE LA OSTRA.

Orillitas del mar estaba un Ciego
 Con un Tullido hablando honradamente:
 Este lejos descubre una Ostra, y luego
 Da cuenta al camarada alegremente;
 Y aunque uno y otro inútil para asirla,
 Proyectan ayudándose adquirirla.

Coge mi Ciego á cuestras al Tullido,
 Y este le guía en voz acia el parage:
 Se abaja el cireneo sin rüido,
 Píllala el lazarillo, y fina el viage;
 Mas entra aquí la duda de derecho
 Sobre cuya ha de ser honra y provecho.

El uno dice: edades sempiternas
 Guarde el Señor mis ojos, que la han visto.
 Responde el otro: ¡gracias á mis piernas!
 Loado sea Dios, que os llevé listo. —
 Mas ¿qué fuera tu pié si yo no viera? —
 Y á no caminar yo, ¿qué tu ojo fuera?

En esto un Tuerto pasa, y de concierto
 En árbitro le eligen de la instancia:
 Toma la cosa litigiosa el Tuerto,
 Ábrela bien, se chupa la sustancia,
 Una concha da al uno y otra al otro,

Y se escurre ligero como un potro,
Así se acabó el pleyto sin segundo
La cáscara llevando los pleyteantes,
Como se acababan muchos en el mundo:
¡O pica-pleytos locos é ignorantes!
En memoria tened por cosa rara
Al Tuerto del un ojo de la cara.



FÁBULA XLIX.

LA ARAÑA Y LA ZORRA.

Siempre al ayre dos piés, rabo esponjado,
Hocico al cielo alzado,
Y gachas las orejas,
Juan Conejo corría,
Y una Zorra voraz le perseguía.
Entre si aquí te atrapo, aquí me dejas,
Se cansa el desdichado,
Y hétele al pié de un árbol agachado.
Por caso allí vivía Mari-Araña,
Y del animalillo condolida
Con suavidad y maña
Dice: ¡O reyna, señora de la vida!

Perdonad por merced á un inocente,
 Que es Conejo de bien, fuera de chanza.
 Si es menester fianza,
 Aquí estoy yo, que sé no es delincuente,
 Por quien sois os lo ruego,
 Dadle la vida luego;
 Quizás está su esposa embarazada,
 Su fiel, su tierna esposa,
 Muy mas que el mayo hermosa,
 Y á par de la alba pura y agraciada,
 Y morirá al saberlo acongojada.
 Mejor será que diga:
 »Buena la Zorra es: ¡Dios la bendiga!
 »¡Plegue al cielo que sea venturosa!
 »De gracia dió la vida á mi marido:
 »¡Ojalá un siglo viva su querido! »
 Y al fin, á fe de Araña,
 Matar á un gazapillo no es hazaña;
 Pues ¿qué se ha de decir porque á un cuitado
 Sin cuerno, pico, ni uña,
 Otro animal membrudo y esforzado
 Taja, hiende, acrivilla ó le rasguña?
 Ea, dadle la vida generosa,
 Que es un triste Conejo, y no otra cosa.
 Yo conocí á su madre: ¡qué señora!
 ¡Qué afable, qué civil, qué bien-hechora!
 Si por él me intereso,
 Os lo digo en verdad, solo es por eso:
 Y aunque soy un insecto vil y bajo,
 Tal vez no perdereis el agasajo.

De esta tierna plegaria
 Hizo el caso la Zorra sanguinaria
 Que Eneas fementido
 Del ruego de la triste y bella Dido;
 Pues según dice el cuento,
 Los chismes de matar jugó al momento.
 Al zis zas de una muela
 Muerto el Conejo fue como su abuela;
 Y la alimaña fuerte al par de dura
 Enterróle en su panza enhambrecida.
 Doña Araña del caso resentida
 Se enoja, vota y jura
 Que ha de vengar tamaña desmesura.
 Sabe, pues, donde está su madriguera:
 Zanca aquí, zanca allá, zanca adelante
 Va, y entra: halla tres Zorros
 Todavía muy niños, aun cachorros,
 Pícales, sale afuera,
 Y su zanca ante zanca en un instante
 Á su hogar se encamina sin rezelo,
 Y á Dios Zorros; á Dios dulce consuelo,
 Tiernos hijos á Dios: ¡qué triste escena!
 Murieron, ya se ve, llenos de pena.
 Cuando la Zorra vuelve y vé espirando
 Sus frutos de amor blando,
 ¡Ay qué agrio es su llorar! ¡cuanta su pena!
 Acá y allá resuena
 Su clamor tormentoso;
 Y no fue, ni con mucho, tan quejoso

Aquel que Orfeo daba
 Cuando á la bella Eurídice llamaba.

Dios sabe cómo supo todo el caso;

Y á fin de no sufrir en adelante

Algún otro fracaso,

Pasa á nado un arroyo resonante,

Que allí cerca corría,

Donde pasar la Araña no podía,

Halla una gruta oscura,

Y héte aquí el Gibraltar, donde alzó altares

Luego á sus Dioses Lares,

Creyendo aquí vivir mas que segura.

¿Fué acaso así? pues no; que el injuriado,

Segun dice un filósofo mi amigo,

Y yo sin ser filósofo lo digo,

No se juzga jamás desagraviado.

Vé aquí cómo pensó la mala Araña;

Mas ¿cómo ha de pasar el río á vado

La pobre musaraña?

¿Cómo diablos ha de ir al otro lado?

¿Cómo? Vé que es profundo y muy estrecho,

Reflexiona, discurre,

Proyecta, y no se aburre,

Antes dice entre sí: lo doy por hecho.

Y diciendo y haciendo va á la orilla,

Teje una tela larga á maravilla,

Y prendiendo una punta á un sauce ojoso

Espera que el favonio bullicioso

Arrebate á otro lado suavemente

La punta opuesta, y cata aquí ya un puente.
 Y así fué; pues la historia
 Cuenta por cosa cierta y bien notoria
 Que pasó al otro lado:
 ¡Dios nos libre de un odio inveterado!
 Fácil es de pensar que astutamente
 Cuando madama Zorra estaba ausente
 En la gruta entraría;
 Y como cachorrillos ya no había,
 Le ocurrió el pensamiento muy travieso
 De vaciar en un queso,
 Que por milagro de uñas allí había,
 Su veneno eficaz: * ¡Ó qué venganza!
 Claro está que aquel día
 Comería la Zorra su pitanza:
 Ello es que á breve rato

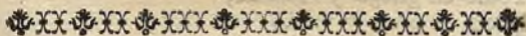
* *Aunque ya Lucano había dicho hablando del veneno de las serpientes:*

Morsu virus habent, et fatum dente ministrant;
 Pocula morte carent.

Y aunque las muchas experiencias de Francisco Redi, físico famoso de la Italia, de la Academia del Cimento y de otros posteriores, acreditan que el veneno de las serpientes é in-

Tembló como raton á faz del gato.
 En suma: conoció ¡dolor profundo!
 En qué paran los grandes de este mundo.

Al ver sus ansias, cuitas y agonía
 La Dios nos guarde Araña la decía:
 Aprenda el poderoso al par de necio
 Á mirar al humilde sin desprecio;
 Y no olvide jamás, yo se lo digo,
 Que es malo aun el mas ruin para enemigo:
 ¿Acaso el flaco lo es en tal manera
 Que no pueda vengarse como quiera?



FÁBULA L.

EL CANTO DE LAS CIGARRAS.

En la isla Barataria
 Había un caballero
 Tan necio como rico,

sectos ponzoñosos no daña cuando se bebe, y solo sí cuando muerden ó pican; con todo, la contraria ha sido casi general opinion, y para la verisimilitud de una fábula no es menester mas.

Y alto aquí: hé dos extremos
 Que son muy camaradas,
 Uña y carne por cierto.
 Este, pues, papa-moscas
 Jamás, ó miente el cuento,
 Oyó de las Cigarras
 El canto vocinglero.
 Poetas de la Grecia
 Cierto dia leyendo,
 (Porque era el mayorazgo,
 Como otros mil que vemos,
 Tonto en griego y romance,
 Idiota en prosa y verso)
 Notó grandes elogios
 De sus dulces gorgeos.
 Su voz llamó divina
 Anacreonte el Teyo;
 Grata cual lira Archías;
 Suave y florida Homero.
Y ello es que á pié-juntillas
 Cree á poetas griegos,
 Se hace traher en xaulas
 De Cigarras un ciento;
Y al oír la voz bronca,
Y el canto carrasqueño,
 ¡Válgame Dios, qué rabia
 Le entra al buen caballero!
 Allí fué el irritarse,
 Allí el golpearse el pecho,
Y allí andar por las calles

Gritando en tono recio:
 Vamos claros, Señores,
 Experiencias, no textos:
 Quien quiera á Homero crea,
 Yo me atengo á los hechos.



FÁBULA LI.

EL AVARIENTO.

Donde no sé, vivía un caballero
 Con pujos de enterrar á su dinero.
 Dentro de casa se fabrica un caño
 Tan secreto y extraño,
 Que el mismo barrabás no le hallaría;
 Y su alma, es decir, su oro allí tenía.
 Dice un historiador que la puerta era
 Con su oculto resorte por afuera;
 Y al zamparse allá adentro la cerraba,
 Mas al muelle exterior antes quitaba.

Como estos benditísimos varones
 Á menudo visitan sus doblones
 Con tal civilidad y cumplimiento
 Que los tocan con tiento,
 Los cuentan y contemplan en su estancia,

Porque eso de sacarlos ni aun en chanza;
 Entra una vez á hacerles su visita,
 Que era su devocion mas favorita,
 Y como buen cristiano
 Hacía su egercicio quotidiano,
 Se olvida del resorte, cierra, ¡ah! bobo!
 Y queda adentro como en trampa lobo.

Concluido el negocio de los dedos
 Salir intenta, pero cepos quedos:
 Y aquí del rey, socorro, clama, grita,
 Golpes y golpes da, se desgañita,
 Vocea, llama ayuda;
 Mas ¿de quién si la cárcel está en duda,
 Y hecha á prueba de oreja,
 Que es ocioso el clamor, vana la queja?
 De hecho: la hambre cruel ¡qué desconsuelo!
 Le llevó á la posada de su abuelo.
 Mas claro: se murió como un avaro;
 Pues si de hambre murió, ¿no está bien claro?



FÁBULA LII.

EL PAYSANO Y EL LADRON.

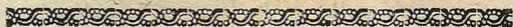
Á pié, solo, á la sierra,
 Y sin chismes de guerra,
 Mas con mucho doblon iba un Paysano.

Detiéndele un Ladron, pistola en mano;
 Y á Dios gracias, alíviale del peso;
 Porque fué su bolsillo, segun eso,
 Como lombriz en pico de pollita,
 Que va otra polla y la lombriz la quita.

Érase el Barrabás buen caballero;
 Pues al oir el llanto lastimero,
 Le hace dos mil cristianas reflexiones;
 Mas líbranos, señor, de dar doblones.
 En respuesta el Paysano dice: lloro
 Porque es del mismo rey este tesoro:
 Contaré el caso, no seré creído,
 Y héme á casa de tia conducido.
 Solo de su merced está en la mano
 Redimir de la muerte á este cristiano:
 ¿Y cómo? con dejar mi capa sola,
 En ella disparar esa pistola;
 Y el destrozo que hiciere, en mi conciencia
 Buen testigo será de violencia,
 De fuerza, de despojo y robo injusto.

Convenido el Ladron á darle gusto
 Sin caer en la treta ó la solapa,
 Puesta en tierra la capa,
 ¡Bom! suelta la pistola bobamente;
 Y el Paysano membrudo y mas valiente
 Al mirarla vacía
 Le embiste, lucha, y con teson porfía
 Hasta arrojar en tierra al Ladroncillo,
 Y arrancarle las barbas y el bolsillo:
 De modo que quedó despilfarrado,

Y á la santa paciencia algo amoldado.
 ¡Ó cuán útil y al caso es una treta,
 Pues á la fuerza vence y la sujeta!



FÁBULA LIII.

EL PATAN Y LAS BELLOTAS.

¡Oh Dios! ¡cuanta locura!
 ¿Cuanto gas en los cascós de los hombres!
 Un triste don Figura
 Aplica á su Hacedor odiosos nombres,
 Y habla dél sin empacho
 Como si fuera un vicho ó mamarracho.
 Esopo inadvertido
 Echa menos al pecho una ventana;
 A Lock falta un sentido; *

* *Locke filósofo inglés juzgó que no teníamos los sentidos perfectos, ó cabales, ó necesarios; y echó de menos uno en la estructura y mecanismo del cuerpo humano.*

Y Alonso, honor y gloria castellana,
 La obra del Orbe inmensa
 Mejor que su Hacedor diseñar piensa.*

Correctores perfectos

Homero tuvo, Dios de poesía,

Y egemplares correctos

Eran los que ninguno corregía:

¡O de Dios asesores!

Raza sois de esos mismos correctores.

Dios sabe bien lo que hace,

Que no obra á cierra-ojos, ni á destajo:

Quien no se satisface

Del buen orden de cosas de acá abajo,

En respuesta se lleve

De un pensador Patan la historia breve.

En polvoroso estío,

Tendido al fresco pié de verde encina,

Miraba el señor mio

Una calabacera allí vecina;

Y haciendo del profundo

Dijo: ¿dormía Dios cuando hizo al mundo?

* Se atribuye á don Alonso X, rey de Castilla llamado el sabio, haber tenido la flaqueza de decir que se fabricára mejor los cielos si Dios le hubiera llamado á consejo. Sea ó no verdad, es indisputable que fué un rey muy religioso y sabio al igual de desgraciado.



¿Qué cabeza de tarro
 Cuelga de fuerte rama á la bellota?
 En el roble bizarro
 Fuera la calabaza de mas nota:
 ¡Eh! ¿pondría un borrico
 Fruto voluminoso en tallo chico?
 Voto á diez que en el roble
 Pondría yo melon ó calabaza,
 Fruto robusto y noble,
 Y á la bellota débil en su plaza.
 Dígame Dios ahora:
 ¿No estaría así bien esa señora?
 Al decir esto, un viento
 Á la encina remueve de repente:
 De bellotas un cuento
 Cae sobre su nariz, ojos y frente;
 Y exclama en alto grito:
 ¿Bellotas son? Pues sea Dios bendito.
 Si del árbol colgara
 Melon ó calabaza de buen tomo,
 ¡Ay de mi pobre cara!
 Pardiez que yo quedára no sé cómo:
 Tendría á ser melones
 Tortilla la nariz, los ojos nones.
 Digo que no es Dios ciego,
 Que haya necesidad de lazarillo;
 Y digo desde luego
 No es el mundo visible un baturrillo:
 ¡Pese á mí! nada ha errado:
 ¿Tengo nariz? Pues sea Dios loado.

FÁBULA LIV.

EL REY Y LOS PRESIDARIOS.

Bella es, bella es y amable
 La verdad, y enamora
 Aunque la diga un hombre despreciable.
 ¿Y qué útil no es decirla? Aquí entra ahora
 El caso de aquel Rey, que la mentira
 Siempre oía con ira,
 Aunque de índole suave y bienhechora.

Va, pues, de historia: en uno de sus viages
 Entró en conversacion estrafalaria
 Con gente Presidiaria,
 Que eran todos graciosos personajes.
 Al verlos entre penas
 Corvados del trabajo y las cadenas,
 Jovial les preguntaba
 Por qué delito cada cual estaba.

Uno dijo: ¡ah, Señor! ¡qué picardía!
 Mas Dios lo quiso así: caí en las manos
 De ruines escribanos,
 Caras del Rey no había,
 Pregunto: ¿quién así justo sería?
 Otro gritó: pues ¿qué, fuí yo demonio?
 ¡Dios nos libre de un falso testimonio!
 Seis testigos, sin duda sobornados,

Me imputáron á mí ciertos pecados,
Y á Dios Ginés Lopin, que así me nombro:
Héteme acá, la pala y hierro al hombro.
Cierto viejo siguió: ¡cuánto no paso!
¿Y por qué?... Velo aquí: juzgó el proceso
Un juez sin Dios, sin ley, sin ciencia y seso:
¿Qué era de esperar dél? Este es mi caso.
En conclusion: toditos, menos uno,
Con language oportuno
De suerte su inocencia refirieron,
Que como medio-santos se dijeron,
Ó en víspera de hacer algun milagro.
El Rey, que de uno en uno les oía,
De súbditos tan buenos se dolía,
Cuando un jóven de cara un es no es magro,
Entre-calvo, oji-sucio,
Ladino y casquilucio,
Prorrumpió: en mi conciencia
Que no hay en mí una pizca de inocencia:
No digo un san Anton, no otro san Pablo;
La verdad: yo fuí un diablo
Tan amoldado al vicio
Que estuve entre si voy ó no al suplicio
Ni enemigo escribano,
Ni testigo perjuro y calumnioso,
Ni juez injusto, necio ó casquivano,
Me trajéron aquí: seguramente.
Digo que he sido malo y criminoso;
Pues yo me hallé mil cosas no perdidas;
Y muy bonitamente

Hice dos caras de una , mondé vidas.
 Nunca me anduve á caza de amórios,
 Ni tuve por las fembras desafíos;

Claro: doña Onza de oro,
 Vé aquí la Dulcinea que yo adoro.

¿Qué mas? me era muchacho,
 Y á la hora del sueño

¡Cuanto rocin ó macho
 Monté sin la licencia de su dueño!

Así que fuí del jugo ajeno esponja,
 Y no estoy por escrúpulos de monja.

¿No?... dijo el Rey gritando: hombre perverso,
 Capaz de inficionar al universo,

¿Qué haces aquí? Y entre esta honrada gente

¿Por qué se da lugar á un delincuente,
 Que con su mal egemplo y compañía

Diablo volverá al que es muy santo hoy día?

Anda , anda , bribon : cadena á fuera,
 Y este pícaro vaya donde quiera.

Yo aquí sí fuera el Rey añadiría:
 Del crimen la mentira es camarada:

El oír la verdad ¿á quién no agrada?

Mintiendo exáasperamos,

Y diciendo verdad apasionamos:

¡Plegue á Dios que al que miente

El veraz Presidiario esté presentel

FÁBULA LV.

LA VIEJA Y EL ESPEJO.

Cierta arrugada Tia,
 De cara cavernosa,
 Se miraba gozosa
 En un espejo un dia.
 Al verse claramente
La venerable abuela
 Un hoyo en vez de muela,
 Un hueso en vez de frente,
 Bufa, grita, se enoja,
 Regaña y arde en furia,
Y por vengar la injuria
 Al suelo el vidrio arroja.
 Mas á fé erró la cuenta,
 Que hecho el cristal cien trozos
 De la edad los destrozos
 Cien veces la presenta:
 Y cien la monda calva,
Y cien el lánguido ojo,
Y opaco lo antes rojo,
Y lo que rosa malva.
 Desde que oí este cuento
 Vengarme me desplace;
 Pues quien se venga, ¿no hace
 de un enemigo ciento?

Demasiado un agravio
 Venga olvido ó desprecio:
 Quien se irrita es un necio;
 Quien lo perdona un sabio.

FÁBULA LVI.

LOS BARBOS.

Guiados ciegamente
 Del apetito
 En las redes entraban
 Muchos Barbillos:
 Y en viéndose hartos
 Se zafaban alegres
 Dando mil saltos.
 Como no eran sus cuerpos
 Voluminosos
 Por los agugerillos
 Huían pronto:
 Hoy otros tales
 Como Pedro en su casa
 Entran y salen.
 Yendo y viniendo dias
 Bien ver se deja

Que tendrían sus cuerpos
Mayor grandeza.

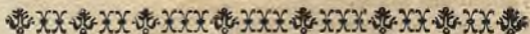
Con que es preciso
Que algun dia quedáran
En el garlito,

Como pedrada en ojo
De boticario
Viene aquí una sentencia
Que dijo un Barbo.

Era machucho,
Y al ver los prisioneros
Prorrumpió al punto:

¡Si entenderán ahora
Los calaveras
Que quien no huye del riesgo
En él se queda!

Ninguno piense
Que porque una vez salga
Saldrá bien siempre.



FÁBULA LVII.

LOS DOS CIEGOS,

Iban dos Ciegos un dia
En conversacion honrada:
Una cajita cerrada

Hallan, y á Dios armonía.
 Sobre si es tuya, si es mia,
 Hay marimorena, enojos,
 Zas, palos á cierra-ojos,
 Y al fin paz: hecho el tratado
 La caja abren con cuidado,
 Tientan, y ¿qué había? anteojos.

FÁBULA LVIII.

EL ROBO DEL RELOX.

De achaque de vapores,
 Enfermedad de damas y señores,
 Un Duque estaba en cama:
 Túrbansele los ojos, grita, llama,
 Y entra y le trae un Page
 Su mejunge, su droga y su brebaje.
 Arrímase á la alcoba de puntillas,
 Y al ver que el Duque no habla
 Y tiene las facciones amarillas,
 Como cosa de tabla
 Piensa en ser legatario,
 Y no de un relicario,
 Sinó de un relox de oro y pedrería,
 Obra de un grande artista de Wesfália.

Hecha la represália
Á un oculto bolsillo la confía;
Y escalera abajito
Se va piano pianito
Á la sazón que el médico subía.
La novedad le cuenta oji-lloroso,
Y acompañarle al cuarto le es forzoso.
En tanto que esto pasa
Concurre la familia de la casa,
Y á la fuerza del ay y del lamento
El Duque abre los ojos ya aliviado,
Y el relox echa menos al momento.
Al hablar dello el Page,
Que se hallaba muy bien con el legado,
Atribuye á la mona aquel pillage;
Mas el Duque al instante lo barrunta,
Y á fin de entretenerle le pregunta
Entre otras dos mil cosas
Si ha echado cañamones al canario,
Si han brotado ya flor las tuberosas,
Si se ha pagado bien al boticario.
En esto en el bolsillo dió la hora
La campana sonora,
La música hizo oír dulces tonadas,
Y entre gritos, silvidos y arañadas
Un alcalde de palo ya sin suco
Á ojos-cegarritas
Declaró que el legado era caduco.
Vayan dos palabritas:
Quien trate de obrar mal aunque en secreto,

Sin miedo á rey ni Roque,
 Rezele que por arte de birloque
 Á la publicidad está sujeto.



FÁBULA LIX.

LA BURROMAQUIA.

Cruel desafío sustentaban,
 Sandez en tierra de cristianos,
 Dos Burros asáz casquivanos,
 Y á viva coz se saludaban.

Por arte de birlibirloque
 Olió un Buitre la barahunda:
 Lleva allá su persona inmunda,
 Y se zampa en un alcornoque.

Viéndole un Burro en emboscada,
 Gritó: Tente, que hay quien espera
 Á fin de hartarse á que uno muera:
 ¿No ves allá aquel camarada?

Y el otro dijo: pues no quiero
 Dar con mi muerte á otro un buen día:
 Paz desde hoy y buena armonía,
 Mal que le pese al heredero.

FÁBULA LX.

EL JUICIO DE VIOLENCIA.

Quien quisiere se le crea,
 Nunca ha de referir cosa
 De sí misma sospechosa
 De que faramalla sea:
 Que una circunstancia extraña,
 Un inverosímil lance,
 Bien se llama en buen romance
 Sinó novela, patraña:
 Y en vez de adquirirse fé,
 Comover ó apasionar,
 Burla se llega á grangear,
 Como en un cuento diré.
 Una moza graciosa,
 Sus veinte debajo el moño,
 Y en eso de amor bisoño
 Así, así, muy personita;
 De un Alcalde en la presencia
 Se quejó de haberla hecho
 Un don Lindo barbihecho
 En su tejado violencia.—
 ¿En el tejado?—¡Ay, señor!
 Huyí dél, corrió tras mí,
 Al tejado me subí,

Subió, y ¡zas! á Dios honor.—

Pues digo, ¿qué hizo el gritar?—

¿Qué es gritar?... como una muerta:

Tantísima boca abierta

Me desperdició el pesar.

Así dijo, pero en valde;

Pues respondió con desprecio,

Y haciendo el si es, ó no es necio;

El bellacon del Alcalde:

Yo juzgaría á ese majo;

Mas no puedo, juro á vos:

De tejas arriba Dios;

Y yo de tejas abajo.

FÁBULA LXI.

LOS AVENTUREROS.

Yendo á sus aventuras
Tres camaradas,
Dos de cincuenta á cuestas,
Uno sin barba;

Al cruzar una sierra
Pasito á paso
Con un saquito dieron

De mexicanos.

Á Dios amistad pura:

Cuenta al saquillo

Como depositario

De mil delitos.

Caras del rey alegran

Mas que de ninfas:

Ocioso es, pues, que cuente

Sus alegrías.

Mucho mas si se observa

Que él sin dinero

Es donde quiera vaya

Igual á cero.

Pues volviendo á la historia,

Digo que al punto

Fué el mozalbillo á un pueblo

Por tres besugos,

Pan y otras zarandajas

Apetecibles,

Porque ya iban á nones

Los comestibles.

¿Qué á nosotros el mozo?

Dijo el mas viejo:

Matémosle á la vuelta,

Y habrá uno menos.

La cosa es la mas clara,

Y el plan muy fácil:

¿De quién sinó de entrambos

Será su parte?

Entre sí el mozalbete

Tambien decía:

Á no ser por los viejos
Rico sería.

La pitanza enveneno,
Vaya una traza:
Digo que ya he comido,
Y se la maman.

Si á fuerza de ponzoña
Los lleva el diablo,
Del hijo de mi madre
Es el hallazgo.

Como lo pensó lo hizo
Á un tiempo mesmo;
Mas llegar y matarlo
Tambien fué á un tiempo.

Su muerte fué vengada
Por el ajolio;
Pues al comer murieron
Tambien los otros.

De suerte que quedáron
Los tres difuntos,
Y el saco de maldades
Fué de ninguno.

Yo haría aplicaciones
Del triste caso;
Mas pregunto, ambiciosos:
¿No está bien claro?

FÁBULA LXII.

EL COLONO Y EL ARMERO.

Sospechando un Colono marrullero
 Que el vicho del Armero
 Á escondidillas en el huerto le entra,
 Y le birla la fruta que allá encuentra;
 Váse á su casa, la escopeta en mano.
 Dále los buenos dias muy urbano,
 Y le ruega le arregle la escopeta
 Fingiendo que no entiende de baqueta,
 Ni de cosa de pólvora y de taco;
 Porque quiere á un ladron mayor que Caco
 Meterle entre la carne y el pellejo
 Un poquito de plomo no malejo.
 El Arméro la toma, y con gran treta
 Carga de limaduras la escopeta.
 Yendo con ella el otro paso á paso
 Da en el hito del caso,
 Descarga el chisme, y le echa él sabe cómo
 Buena dosis de pólvora y de plomo.
 Á media noche Armero en la campaña
 Sin noticia á mi ver de la artimaña,
 Y sin pensar en negras aventuras
 Por ser su fiador las limaduras.
 Alerta mi Colono, que allá se halla,

Ordénase en batalla,
Y el maldito de Dios y de los Santos
Lanza su *sepan-cuantos*,
Le aloja entre los ojos una posta,
Item : dos intramuros del cogote,
Amen de otra riberas del vigote;
Y héteme al Armero desdichado
Como una rana al sol despatarrado.
 No siempre surte bien una artimaña,
Y el que piensa engañar tal vez se engaña.



FÁBULA LXIII.

EL DIVORCIO DE LA LEONA.

Divorcio la Leona pretendía
Porque el Leon su esposo,
Viejo cadaveroso,
Almizcle por la boca despedía.
 Al palacio turbó la fatal nueva,
Y el Leon, que á su esposa ama,
Á los físicos llama
Á fin de recibir el pleyto á prueba.
 Juzga el Oso su aliento pestilente;
Y el Leon formidable
Le da la irremediable,

Y cátrate un difunto de repente.
 El Mono, ojo avizor, que olfa dijo
A pastillas de monja;
Y el Leon por la lisonja
Le abrió de par en par el entresijo.
 Tras dél pasa el Raposo de puntillas,
Y un palmo de la oreja
El Leon le dice: deja,
Deja el temor, y dí: ¿huelo á pastillas? —
 Yo no puedo, señor, hacer hoy juicio:
 ¿Qué he de oler, ¡pese al Darro!
Si un maldito catarro
Me tiene la nariz sin ejercicio?
 Así dijo el Raposo con viveza,
Y logró de esta suerte
Que el derecho de muerte
No ejercitase el Leon en su cabeza,
 Aviso al cortesano provechoso:
Lisonja y desengaño
En la corte hacen daño:
Ojo, pues, á la astucia del Raposo.

FÁBULA LXIV.

EL TESORO EN LA VIÑA.

Yo, hijo mio, me muero:
 Fuerza es ya que lo sepas,
 Pues eres mi heredero:
 La viña entre sus cepas
 Y en sus entrañas guarda un gran tesoro:
 Allí, mas no sé dónde, allí hay mucho oro,
 Cava, ahonda, porfía
 Hasta encontrar la herencia.
 Vé aquí lo que decía
 Con sencilla elocuencia
 Á un jóven haragan y vagabundo
 Su padre acongojado y moribundo,
 Habiendo muerto, el hijo
 Acá pica, allá cava;
 Y aunque el oro que dijo
 La viña no guardaba,
 Fue tan copioso el fruto de aquel año
 Que al fin reconoció que no hubo engaño,
 Porque de la riqueza
 Es el trabajo fuente,
 Como de la pobreza
 Lo es el ocio indolente:
 Quien quiera, pues, ser rico y opulento,
 Deje la ociosidad y entienda el cuento.

FÁBULA LXV.

EL RATON Y SU MADRE.

¿Á dónde vas, cruel? Aquí no hay lazos,
 No hay peligros aquí: ven amor mio,
 Ven á mis tiernos brazos,
 Que país es de paz el bosque umbrío,
 Es hogar de tus padres, es tu cuna:
 No hallarás sin azar, no sin pesares,
 Otra agua, otro país, otros manjares:
 No, no hay como la patria cosa alguna.
 Aquí moró tu padre, aquí tu abuelo,
 Aquí sus huesos yacen: ¡qué consuelo
 Ver aquella onda suave,
 Aquella encina grave,
 Aquel castaño fuerte,
 Que alimentó á tu padre hasta su muerte!
 Él murió sin afan, sin amargura:
 ¿Y morirás tú así? ¡qué desventura!
 Deja, deja la patria, en hora buena;
 Mas ¡cuánto de ay te aguarda! ¡cuanta pena!
 ¡Qué de veces dirás: Ah mamá mia!
 ¿Qué es del grato reposo,
 De la dulce alegría,
 De aquel dormir al pié del olmo ojoso?
 Así dirás; mas ¡oh qué inútil queja
 La del gato á la oreja,

La del opreso en lazo cauteloso!

Quería un Ratoncillo ver al mundo,

Y así en tono profundo

Su madre disuadía, mas en vano.

¿Habéis visto tal vez un petimetre

Vivarachillo, necio, sin caletre,

Que al extranjero precia mas que á hermano,

Y habla de su país con ironía?

Pues ponedle á este mico

Un rabo, cuatro pies y romo hocico,

Y héte aquí mi Raton. Él le decía:

Esta edad, estos brios,

¿Porqué he de malograr? Las soledades

Sepulcro fueron de los padres míos:

¿Cuánto mas que gozar hay en ciudades?

Al fin cosa de viejos

Disuadir con consejos

De gustos que la edad, si bien se advierte,

Les prohíbe gozar pena de muerte.

Alto, pues, á ciudad: viajo visito,

Con ojo observador veo, medito,

Y al fin lleno de seso

Vuelvo á mi hogar: ¡qué gusto en la espesura

Oirme referir esta aventura,

El otro caso extraño, aquel suceso!

Yo diré: allí ví un queso,

Acá cecina, allá..... ¿qué sé yo? cosas

Tan dulces y olorosas,

Que arrebatada de pasión vehemente

Os lameréis nariz, hocico y diente.

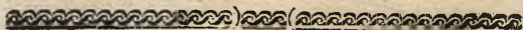
Y diciendo y haciendo
 Camino de ciudad se va riendo.
 Allí halla el paraíso de Ratonés:
 ¡Qué quesos! ¡qué cecinas! ¡qué jamones!
 Bien herido de amores de una lonja
 En éxtasis estaba como monja
 Cuando, cómo no sé, perro en campaña:
 ¡Ah quien viviera ahora en la montaña!
 Hay trotes, carrerillas, turbulencias,
 Algo de dentelladas;
 Y maltratado el rabo y adyacencias,
 Amen de las orejas bien lisiadas,
 Huye veloz; mas cae en un engaño
 Ó trampa, que es cosecha de ciudades:
 Y vé aquí un caso extraño
 Digno de referirse en soledades.
 ¡Qué saltos! ¡qué chillidas!
 No bien fuéron oídos
 Veis aquí á breve rato
 Entra un mozuelo, de edecan el gato;
 Y viendo al señorito en carambola
 Le liga á su edecan cola con cola,
 Que haciendo caracoles corre, vaga,
 Da en derredor mil vueltas,
 Trotes, bríncos, revueltas;
 Y al fin échale el diente, y se le traga.
 ¡Ah qué triste escarmiento!
 ¿Porqué dejó la casa de su padre?
 ¿Porqué no oyó el consejo de su madre?
 ¿Porqué?...: Ya lo insinúa bien el cuento.

FÁBULA LXVI.

LOS PASTORES Y LA NUBE.

El de las guindas era
 El mes, en que observaron dos Pastores
 Del Ebro en la ribera
 Una nube abundosa de vapores.
 ¡Ó Bato! El uno dice:
 ¿Ves esa nube allá? Pues, camarada,
 Cuéntate ya infelice,
 Que de piedra y granizo está preñada.
 ¡Ay de uba y grano tierno!
 Á Dios espigas, parras y legumbres:
 Al venir el hibierno
 ¡Oh cuánto de hambre, peste y pesadumbres! —
 ¿Hambre? El otro contesta:
 No se verá jamás tal abundancia:
 La nube no es funesta;
 Pues solo es agua pura su sustancia.
 La parra racimosa
 ¡Cuál rojeará con la agua en tu provecho!
 ¡Cuál la espiga aristosa
 Cogolmará los troxes hasta el techo!
 Si será agua, si piedra,
 Entre sí los Pastores disputando,
 Uno llora y se arredra,

Otro se ríe, bayla y va cantando
 Cuando con ruido sube
 Un impetuoso y resonante viento,
 Y disipa la nube,
 La agua, la piedra, el llanto y el contento.



FÁBULA LXVII.

EL CONEJO ARQUITECTO.

Allá por los años mil
 En casa de un albañil
 Vivía cierto Conejo,
 Según dice un autor vieja
 Y á pié-juntos asegura
 Que sabía arquitectura,
 Bien que á decir lo que siento,
 Es muy de viejas el cuento,
 Como iba diciendo, un día
 Del vívar, donde vivía,
 El Conejo se escapó:
 Lo mismo me haría yo.
 Ocioso será decir
 Que se fué al monte á vivir:
 ¡No era bobo á la verdad!
 Es visto que en la ciudad
 La dulce paz no hallaría:

Conejo yo , así obraría.
Al punto que llegó allí,
Á lo que en leyendas ví,
Visitó á sus camaradas;
Y al ver sus tristes posadas,
Se figó de su pobreza
Titulándola vileza:
Créalo el curioso , ó no,
Lo que cuentan cuento yo:
Y ello asemeja á verdad;
Pues, como vivió en ciudad,
Aprendió del albañil
Á llamar al pobre vil.

En fin sea lo que fuere,
Sin variantes se refiere
Que dijo á los compañeros:
¡Ó qué suntuosos viveros!
Al cabo son de alimañas
Criadas en las montañas,
Que están por civilizar.
Yo os he de regenerar:
Desde hoy os haré edificios
Con góticos frontispicios,
Balaustradas , artesones,
Arquitraves, cornisones,
Y columnatas graciosas,
Y mil , y mil y mas cosas.

Al oír las columnatas,
Y las otras pataratas,
Un Conejo ya algo anciano

Le dijo en canto muy llano,
 Con una cara peor
 Que la de mi confesor:
 Venga acá, señor paleta:
 ¿No sabe otro ardid ó treta
 Para zafarnos de perros,
 Que en llanos, besques y cerros
 Andan tras de nuestra piel?
 ¡Vaya, traza como dél!
 ¿Qué no ha visto en las ciudades
 Que cuando hay parcialidades,
 Guerras ó persecuciones,
 Los que viven en rincones
 Ó chozas desconocidos,
 Son los menos oprimidos?
 Pues bien: ¿en anchos viveros
 No se zamparán ligeros
 Los galgos, líbrenos Dios?
 ¿No nos verán, pese á nos?
 Anda, y sigue tu consejo
 Si estás mal con tu pellejo;
 Pues yo prefiero al vivar,
 Donde jamás pueda entrar
 Galgo, que me aceche á mí:
 Y el cuento se acabó aquí.

FÁBULA LXVIII.

LA ARAÑA Y LA GOLONDRINA.

Perdonar una ofensa

Y ser el bienhechor de su enemigo,

Es á mi cuenta una venganza inmensa:

Quien piensa y obra así, vé aquí mi amigo.

Ello al que la venganza se procura

Y poseído está de odio en exceso,

Ó yo me soy un tipo de simpleza,

Ó los caniculares de locura

Le osifican el seso,

Y le volatilizan la cabeza.

De esta filosofía

Cuentan que no sabía

La rencorosa Araña.

Por no sé qué aventura muy extraña

Tuvo cierta querella

Con la ave pregonera del verano:

Huvo aquello de vil, mas vil es ella,

Y vengarse juró; pero fué en vano.

De hecho: fabricó sobre una encina

Una telilla tosca,

Pensando aprisionar la Golondrina

De la misma manera que á una mosca.

Bien es de sospechar que no sabría

Lo que un griego decía
 Comparando sus telas á las leyes:
 »Las quiebran, las reprimen
 »Cuantos son en poder pequeños reyes;
 »Al paso que á los débiles oprimen.»

La Golondrina, pues, pasa ligera,
 La telilla arrebatada,
 Y en ella á la hilandera
 Colgada de una pata,
 Clamando en alta voz de esta manera:
 ¡Ó Arañas, que mirais mi viage largo!
 Ved, ved de mi venganza el fruto amargo.

FÁBULA LXIX.

LAS MANZANAS.

Junté yo buenas manzanas
 Con otras ya enmohecidas,
 No mejoré las podridas,
 Y pudriéronse las sanas.

Que á un bueno le pasa así
 Si se une á un malo, sé yo:
 Mejórase el malo?— No:—
 Y el bueno ¿se empeora?— Sí.

FÁBULA LXX.

EL RAPOSO ARREPENTIDO.

Yo no sé qué suceso
 De tal suerte aterró
 Á un Raposo sin seso,
 Que al fin á un robledal se retiró.
 Pasó allí el pobrecito
 Su vida en aprender
 Á vencer su apetito
 Comiendo yerbezuelas á mi ver.
 ¿Á qué comer pichones?
 Decía entre sí: Ya;
 Quien oye á sus pasiones
 Es claro que sin ellos triste está.
 Mas Dios y en hora buena:
 Yo paso como el buey
 Con mi heno, mi verbena,
Y no envidio jamás cuerpo de rey.
 Un queso es delicioso,
 Cierto, - digo que sí;
 Pero ¿no es mas sabroso.
 Decir: yo no robé lo que comí?
 ¡Ola! me dirá alguno:
 ¿Qué mucho, á mi entender,
 Que alabe al desayuno,

Si allá no hay otra cosa que comer?

¡En verdad cosa es clara

Que sería virtud

Si un pollito encontrara,

Y dejárale en paz, vida y salud!

Dijo; y á hacer la prueba

Fué el pobre pecador

Á una parroquia nueva,

Que atisbó en el corral de un labrador.

La mala trampa hizo

Que un gallo viese él,

Color como de suizo,

Y la cresta á la traza de clavel.

¡Qué azar tan peligroso!

¡Válgate barrabás!

¡Por cierto que el Raposo

Es animal de bien si vuelve atrás!

Yo en ayunas le haría

Volver á su rincón;

Mas ¿quién me creería?

¿Qué ha de hacer el que busca la ocasión?

En fin; sin ay, sin llanto,

Se le mamó: ¿qué tal?

El hombre hace otro tanto:

¿Qué extraño es que lo hiciera el animal?

¡O íntegros varones!

¿Amais la rectitud?

Huid las ocasiones;

Sinó á Dios probidad, á Dios virtud.

FÁBULA LXXI.

LA CARTA.

¿Quién hasta hoy descifró
 Lo que es un novelero?
 Es mendaz, zizañero,
 Taymado, y.... ¿qué se yo?

Dígalo el Mono astuto,
 Que en Tetuan una carta
 Finge, donde se ensarta
 Que se osificó un bruto.

Cosa de mediodía
 Era cuando la muestra
 Á una Urraca maestra
 En la novelería:

Y en eso de trazar
 Chismes de arte mayor,
 Un líbranos, Señor,
 De las de no acabar.

Allá al caer la tarde
 Se mete en un corrillo,
 Y le dice un Zorrillo
 Despues del Dios os guarde:

¿Qué nuevas, tío Mono? —
 Malas, como soy bestia:
 Ved, si no os da molestia,

Esa carta que abono.

Leído el papelejo

Preguntó: ¿Es maravilla?

Y respondió la Ardilla:

¡Puf! cartapacio viejo.

Chito, dijo aquí el Grajo:

No vale dos piltrafas:

Ea, daca las gafas,

Y otra gaceta encajo.

¿Ay cosa? Saltó el Lobo:

Eso ayer mismamente

Me escribió á mí un pariente,

Y cuenta que no es bobo.

¡Oh! Gritó una Tortuga:

Pues no es caso de risa;

Que pardiez me lo avisa

Mi comadre la Oruga.

En suma: cada cual

Su carta presentaba,

En que mucho se hablaba

Del caso sin igual.

Y viendo este suceso

En grave y serio tono

Exclamó así mi Mono,

Como animal de seso:

Voto á diez que en cinco horas

Tuvo esta carta mia

Hijas en demasía,

Y son esas señoras.

Yo la he fingido, yo,

Y el bruto de quien hablo:
 Noticistas del diablo,
 ¿Qué tal? ¿es cierto, ó no?
 Dijo, y se fué al momento:
 Los brutos, que ésto oyéron,
 Luego tambien se fuéron,
 Y hete' concluido el cuento.

FÁBULA LXXII.

EL POLLO Y EL RAPOSO.

¡Ay del que á cierra-ojos el consejo
 Toma de su enemigo!
 Por el cuento lo digo:
 No tiene mucho amor á su pellejo.
 Cantaba un Pollo de empinada cresta
 Al pié de un olmo hojoso;
 Y á un hambriento Raposo
 No le pareció mal para una fiesta.
 Mas recelando á fuer de muy prudente
 Que al árbol diese un brinco
 Al echarle los cinco,
 Voz es que así le habló, alerta el diente:
 Salud, hijo del Gallo: ¡Ó qué bien canta!
 Lástima es á fé mia

Que reglas de armonía
 No dirijan su música garganta.—
 ¿Y qué es eso de reglas? le pregunta
 El Pollo sin demora.—
 ¿Y su merced lo ignora?
 Pues ¿qué? ¿señora madre es ya difunta?
 ¡Ah qué talento el suyo! Cosa es rara
 Que habiendo inventado ella
 La melodía bella,
 A su hijo y sucesor no la enseñára.
 ¿No oyó mi amigo y dueño en esta tierra
 Que será mas graciosa
 La voz, mas melodiosa,
 Si al tiempo de cantar los ojos cierra?
 Así lo hacen cantores de buen gusto:
 ¿Qué digo? á fé de honrado
 Así yo he agradado,
 Yo, que soy capiscal del Leon agosto.
 Dijo: y el Pollo entona una alborada
 Haciendo ensayo y prueba
 De la armonía nueva;
 Y algo antes de concluirse la tonada,
 Mi señor capiscal, diente adelante,
 Llega chiti-callando,
 Y al son del canto blando
 Extramuros del ojo le echa el guante.

FÁBULA LXXIII.

EL CIEGO.

Linterna trahía
Por la noche un Ciego;
Y si zumba oía,
Contextaba luego:
 Sabed, buena gente,
En mi desagravio,
Que así es ciertamente
Un vicioso sabio.
 ¡Oh! diréis vosotros:
¡Qué necia demanda!
Pues no: alumbrá á otros;
Pero á oscuras anda.

FÁBULA LXXIV.

EL CRÍTICO Y EL MAGNATE.

Hay en berza mil sabios,
Que en los poetas
Van á caza de vicios,
No de bellezas:

¡Qué desvarío!
 ¿Si sabrán la aventura
 De un Erudito?
 Cuántase que de Homero
 Mi Literato
 Tildó en tono de zumba
 Los Dioses bajos,
 Y los ultrages
 Que se hacen y se dicen
 Mil personajes.
 De la hambre el mayorazgo
 Presentó su obra
 Á un Magnate muy rico,
 Y asaz persona:
 Quien al momento
 Le llevó de la mano
 Á su granero.
 Allí trigo con paja
 Mezclado había,
 Y el Magnate le dijo
 Con falsa risa:
 Vámos, amigo,
 Para galardonarte
 Limpia ese trigo.
 Claro es que diligente
 Haría la obra:
 Ello es que apuró al grano
 En pocas horas.
 Y al ver la paja
 Le dijo su mecenas

Con carcajada:

Bustos del rey no tengo,

Seor Literato;

Y pues, según he visto,

No busca al grano,

Allá va en premio

La paja, que le gusta,

Y buen provecho.

FÁBULA LXXV.

EL CABALLO.

La edad de los amores,

Del juego, de la risa, de la danza,

Es la de los sudores,

Del estudio prolijo y la enseñanza:

¡A qué huir al trabajo,

Fuente del poco bien, que hay acá abajo!

Si la vida, fecunda

En yerros, como libro impreso fuera,

Que en edicion segunda

Se corrige el error de la primera,

¡Oh cuanta torpe errata

Corrigiera el que menos disparata!

No escuchar al maestro,

Y huir una enseñanza trabajosa,
Origen es siniestro
De una vida infeliz y disgustosa:
¿No es así?...Pues traslado
Al caballo de marras desdichado.
Á este animal su dueño
Para bien galopar daba lecciones;
Pero él hacía empeño
De hacer el sordo á reglas y á razones,
Y poner su cuidado
En saltar y correr por vega y prado.
El amo le decía:
No tienes mas talento que tu abuela:
¡Ola! ¿huyes á porfía
El freno, la instruccion, la arte y escuela?
Pues tu carrera has hecho:
Nunca serás caballo de provecho.
Yo te doy una vida
De descanso, de hartura, de regalo;
El heno sin medida,
Muchísima cebada y poco palo:
¿No quieres? norabuena:
Andá, y cuenta con la hambre, el ay y pena.
Dijo; y de allí adelante
Al yugo y carro entrelazó su cuello:
El látigo sonante
Azotó veces mil al bruto bello:
De sol á sol labraba,
Y aun de paja entre noche no se hartaba,
Tal vez daba á una noria

Vueltas y vueltas mil, tal albardado
 Hez, basura y escoria
 Llevaba el Rocinante malhadado;
 Y se vió sin ser viejo
 En mundos huesos y cecial pellejo.

FÁBULA LXXVI.

EL CONCEJO DE LOS ZORROS.

No sé qué coronista,
 Ó sea novelista,
 (Pues hay historiadores,
 Que son fabuladores,)
 Afirma buenamente
 Que entre raposil gente
 Era estatuto viejo
 Que al acto de concejo
 Zorras y Raposillas
 Asistan de rodillas.
 ¡Ley rara!.... y ¿qué con ellas?
 ¿Por ordenanza bella
 Entre mil botarates
 No pasan disparates?
 Mas ¿quién me mete en glosas?
 Yo vuelvo á mis Raposas,
 Que un dia en junta entráron,

Y en la alga se sentaron.
Al mirar la ley rota
Quien declama, quien vota,
Y hay al fin uñaradas;
Mas ellas muy sentadas.
En conclusion: gran rato
Hay furor, hay mal trato,
Y hay voces indiscretas;
Mas las madamas quietas.
En esto el presidente,
Que era un viejo prudente,
De cara reverenda,
Sosegó la contienda
Gritando: Paz, señores;
¿Á qué tantos clamores?
¡Eh! cese la uña amarga;
Sentadas ó á la larga
Estén las señoritas;
Porque las pobrecitas,
Niñas, mozas y ancianas,
Padecen almorranas;
Y, ya se vé, dolencia
Es esta en mi conciencia,
Que exige mole asiento.
Aquí refiere el cuento
Que al oír el discurso
El airado concurso,
Trocó al enojo en risa;
Y hasta la mas remisa
Al punto avergonzada

Se puso arrodillada;
 Que sátiras á veces remediaron
 Cosas que fuerza y penas empeoraron.



FÁBULA LXXVII.

EL RUISEÑOR EN LA JAULA.

Poca filosofía
 Y pasión, que al espíritu enagena,
 Hacen en un azar mayor la pena.
 ¿Quién me dirá que Dios, Dios, por la vía
 De aciagâ desventura
 Un perené contento,
 Y una paz inmortal no nos procura?
 Yo, desde que oí un cuento,
 Miro á la adversidad sin ojo triste;
 Y pienso que á par della el bien existe.
 Es, pues, el grave caso
 Que un joven Ruisenior, de juicio escaso,
 Fué apresádo en el nido,
 Y á una jaula de hierro conducido.
 ¡Cuánto de ay, de disgusto,
 De asombro, de dolor, de pena y susto
 No ocupó su encendida fantasía!
 No halló en el canto gusto,
 Y á sus ojos turbó melancolía.

Sus padres , sus abuelos,
Sus amigos , sus hijos ternuzuelos,
Su dulcísima esposa,
De voz melíflua y agraciada pluma,
Ya símbolo de viuda lagrimosa,
Las cascadas, los árboles , y en suma
Aquel dormir en grama,
Aquel caracolear de rama en rama,
Y aquellos quiebros su pasada gloria,
Viviéron sin cesar en su memoria.
¡Qué de veces lloró su infeliz suerte,
Y aborreció la jaula á par de muerte!
Á la verdad , la ausencia
Fuente es de dolor fuerte;
Y en el ánimo engendra una dolencia,
Madrè de tedio é ira,
Que al mismo bien como funesto mira.
Así mi Ruiseñor: él no pensaba
Que de cuitas sin cuento
La enojosa prision le libertaba.
Allí de un alimento
Opíparo gozaba;
Allí había agua pura y abundante;
Allí de gavilanes y milanos,
De los bosques tiranos,
Allí del raudo plomo horrisonante
Sin peligro vivía;
Mas triste le vió un dia y otro dia:
Y a no ofrecerle el tiempo el desengaño
En otro igual suceso,

Le hubiera visto triste uno y otro año.

Fué, pues, el lance así: hecho fue preso

Y á la prision trahido

Un viejo Ruiseñor dél muy querido,

No bien le vé, le abraza: ¡qué alegría!

Y en hacerle preguntas pasa el dia.

¿Cómo mi padre está? ¿Qué es de mi abuelo? —

Un diestro cazador le mató á vuelo. —

¿Y en la selva sombría

Llora mi esposa fiel mi desventura? —

Ha sido un gavilan su sepultura. —

Pero ¿viven mis hijos? — No por cierto:

Cayó en el nido un rayo, y les ha muerto. —

¿Y mis amigos? — Fué infeliz su suerte:

La escasez del hibierno les dió muerte:

Tanta es la carestía lastimera,

Que á no ser preso yo tambien muriera.

Al oir esto, llora;

Reflexiõna después, y aconsolado

Exclama á breve hora:

¡Oh jaula de mí siempre aborrecida!

¡Cuánta calamidad me has evitado!

Á tí debo mi bien, á tí mi vida:

Ó cazador, ó rayo despiadado,

Ó gavilan, ó de hambre la inclemencia,

Ya hubieran puesto fin á mi existencia.

Tú eres el rico don que me envió el cielo,

Tú serás mi placer, tú mi consuelo;

Y mientras yo viviere,

Alegre viviré si en tí estuviere.

FÁBULA LXXVIII.

LA ORUGA Y EL GUSANO DE SEDA.

Hay ciertos Critiquillos hoy en dia,
 Que apenas vé la luz una obra amena
 Hacén della cruel anatomía.
 Un escritor es hoy como alma en pena;
Y por mas que le alaben los sensatos,
 Será el maravedí de literatos.
 ¿Hay claridad en la obra? Pues es poca:
 Los censores se explican de otra suerte:
 Ellos ven confusion, y punto en boca.
 ¿Hay brios, elocuencia y tono fuerte?
 Pues los críticos ven tisis y muerte.
 ¿Es sabio el escritor, es de buen gusto?
 La expresion descuidada,
 La diction trabajada,
 Ó una oracion no llena
 A los mil Aristarcos da disgusto.
 Déles enhorabuena:
 Yo solamente trato
 De hacer en este cuento su retrato.
 Preciándose una Oruga de maestra,
 Un capullo de seda hacía añicos
 Diciendo: ¡Ó qué borricos!
 Vé aquí lo que se alaba comunmente.....

Y aquí de la razon: ¿es consistente?

RespondiÓla el Gusano: Ya lo entiendo;

Pero tambien comprehendo

Que es fácil deshacer la mejor obra,

Aunque abunde en bellezas y primores.

Á mí solo me queda una zozobra:

Ya que es flojo el capullo, ¿harás mejores?

Yo digo aquí al lector: ¿Qué tal el cuento? —

¡Vaya, la preguntilla está graciosa!.....

Pues ¿qué es algun portento? —

¿Y la invencion, señor? — Á fé no es cosas:

Hay poca novedad, poco aparato. —

¿Con que la fabulilla es defectuosa?.....,

Con licencia de usted, seor Literato,

Vaya otra preguntilla:

¿Á que no hace usted una fabulilla?



FÁBULA LXXIX.

EL PAPAGAYO Y LAS AVES:

A Don Tomás de Friarte.

De la jaula escapado
Un Papagayo verde se fué al prado,
Donde usó de la treta,
Como acá un erudito á la violeta,

De hablar con magisterio,
 Con la cabeza erguida y tono serio:
 El paso á paso hablaba;
 Pero muy trote a trote deliraba.
 Al trinar el Gilguero
 Ó bien sobre un almez ó en un otero,
 Suelta la taravilla,
 Cuál si fuese maestro de capilla,
 Y en demostrar se empeña
 Que canta mucho peor que una Cigüena.
 ¿La Alondra gorgeaba?
 Su voz por carrasqueña despreciaba.
 En suma: si el Pardillo,
 El Mirlo, el Ruiseñor y el Canarillo
 Saludaban al día,
 Á silvidos al prado estremecía.
 Sentido del ultrage,
 Y de ver cómo hacía el personaje,
 De las aves el coro
 Le dice al fin: á ver tu pico de oro.....
 Ea, pues tanto sabes,
 ¿Cómo es que con tus quiebros mas suaves
 No acreditas tu ciencia?
 Canta, y así instruirás la concurrencia:
 Puedes tener por cierto
 Que todos te oirán, el pico abierto.
 Al oír la demanda
 Tieso que tieso el pajarraco se anda,
 Y cuando se creía
 Que iba á dar una prueba de armonía,

Se rasca la cabeza,
Y responde por fin con altiveza:
Yo, señores, no canto;
Pero chiflo tan bien que es un encanto,
 ¡Oh cuantos hay, YRIARTE,
Que dicen que en tus fábulas no hay arte,
Cuando ellos desde luego
Solo saben hacer coplas deiego;
Y como rara cosa
Al público le dan versos en prosa!.....
Yo, cuando alguno atrapo,
Le refiero esta fábula, y me escapo.



FÁBULA LXXX.

LA CULEBRA, EL RATON Y EL MONO.

Socorro que me muero:
¡Ah de la hojosa selva!
¿No hay una alma piadosa,
Que á esta infeliz Culebra
La saque de una trampa,
En que se mira presa?.....
 De esta suerte clamaba
La Culebra en voz recia
Viéndose por acaso
En un lazo sujeta,

Bien la oyeron algunos;
Mas sus plegarias tiernas
Un Dios la ayude, hermanos,
Sacaban por respuesta.
En vano después silva,
Se ensortija, se pliega,
Azota al verde grámen,
Y la vedija encrespa:
Aun la cuitada hoy dia
Estaría en la cuerda,
Si un raton de buen diente
No acudiera á sus quejas.
¡Qué de ofertas no le hace!
Merced á las promesas,
Á mas roer royendo
Al lazo el Raton quiebra;
Y saca á paz y á salvo
La sierpe medio muerta.
Como no conocía
Al rey por la moneda,
Á latigazos quiso
Pagarle obra tan buena.
El Raton la hizo cargo,
Se las tuvo ella tiasas,
Y en dimes y dirétes
Pasaron hora y media.

En estas y en esotras
Vé aquí que un Mono llega:
En árbitro le eligen,
Y aquí un pleyto comienza.

Instruido del caso,
 Dice á la mala hembra
 Que á ponerse en la trampa
 Como se hallaba vuelva,
 Para que viendo al vivo
 Su situacion adversa,
 Del caso peliagudo
 Acierte á dar sentencia.
 Así la necia lo hizo,
 Y cuando estuvo presa
 El socarron del Mono
 Falló de esta manera:
 Queda con Dios, taymada,
 Y si puedes te suelta;
 Que un ingrato es indigno
 De que le favorezcan.



FÁBULA LXXXI.

LA VÍVORA Y LA COMADREJA.

¡Qué clamor! qué quejidos
 Daban en una selva!
 Era el caso que estaba
 La Vívora de parto, á lo que cuentan.
 Los crueles vivoreznos

Las entrañas la quiebran;
 Y al ver tan triste caso
 Á sus hijos gritó la Comadreja:
 Mirad, queridos míos,
 Mirad la sierpe muerta:
 ¿Qué os admiráis? Lo mismo
 La ví hacer con su madre al nacer ella.
 ¿Queréis, pues, que los hijos
 Un grande afecto os tengan?
 Tratad bien á los padres:
 ¿No lo haceis? Esperad la suerte mesma.

FÁBULA LXXXII.

EL GALGO Y EL GATO.

Mata-liebres, Galgo jóven,
 De piés y vista veloz,
 Gran cuerpo, elástico vientre,
 Y en cuanto á olfato un huron;
 Gracias á los piés y dientes
 Á Juan Conejo atrapó,
 Y llevándole á su dueño
 Diciendo iba á media voz:

Calle el Gallo

Y el Caballo,
Que ó yo sueño,
Ó mi dueño
Á la cuenta
No sustenta

Bruto mas bueno que yo.

Á él solo útil,
Á mí inútil,
Liebres mato,
Guardo al hato,
Á vil gente
Muestro el diente,

Y paga no pido, no.

Un Gato su camarada,
Que estaba tomando el sol,
Oyó todo este discurso,
Y le gritó en buen humor:

No tan vano
Sea, hermano;
No se alabe,
Que hay quien sabe
Que engarrafa
Su piltrafa,

Cuando no es posible dos.

Mas esta arte
Dejo aparte,
Como entienda
Que la hacienda
Conservando

Y aumentando,
Hace su bien, vive Dios.
¡Ó qué Gato tan discreto!
Habló muy bien, voto al sol:
A perder su hacienda el amo,
¡Qué fuera del Can gloton?
No he de olvidar este egemplo
Dél saco que en conclusion
Si por el bien comun miro
Hago mi negocio yo.



FÁBULA LXXIII.

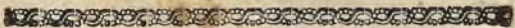
EL RUISEÑOR.

Daba un día lecciones de canto
A sus pollos en un amaranto
Gorgeando cierto Ruisenior;
Y al oir el gorgceo suave
La Calandria exclamó en tono grave:
¡Qué simpleza la de este señor!
Pese á su alma, ¿no fuera mas sano
(y pregunto: ¿sería temprano?.....)
Adestrarlos primero en volar?
Si vinieran acá cazadores,
Cátate á estos alegres cannores.....

Mas chiton , que á uno veo llegar.

Con efecto : llega paso á paso,
Vuela el padre temiendo un fracaso:
¿Y los hijos?:.....Ya nunca los vió.

Mas al fin conoció el ignorante
Que ante todo en lo mas importante
Instruir sus polluelos debió.



FÁBULA LXXXIV.

EL ESCARABAJO Y LA RATA.

Decía el Escarabajo
Á la Rata: venga acá,
Y una bolita verá:
¿Qué tal? Pues yo la trabajo.
¡Qué redondez! ¡qué lisura!
¿Y la arte, pese á su cola?
Vive diez que es linda bola;
Mas ¿quién dirá que es basura?
Alzando en arco su rabo
La Rata respondió: ¿Y qué?
¿Inmundicia es?.....Ya se ve:
¡Tanto peor! Yo no la alabo.—
¿Porqué no? La replicó
El insecto: ¡qué dislate!

¿Con que no es hermosa? — ¡Tate!

La Rata le contextó:

Sábetete que yo en lo inútil,

Aunque bello, no me fijo:

¿Es linda? ¡Muy bien! pero, hijo,

Acá entre los dos: ¿Y es útil?

Pues si útil no es de algun modo,

Doy al diablo la hermosura,

La redondez, la tersura,

Y, en una palabra, todo.

Digo que pensaba bien

La Rata, ó yo pienso mal:

¿Quién dirá que el animal

Censuró al hombre también?

¿Á qué ocupar en lo fútil

Genio y talento asombroso?

Vaya, al que alabe lo hermoso

Preguntémosle: ¿Y es útil?



FÁBULA LXXXV.

EL POETA.

Mundo de ingenio y de fama
 Publicó un Poeta enano
 Versos muy de canto llano

Bajo el nombre de una dama.

Cosa de reír fué el ruido
Que en el público excitó:
Ello es que mucho se habló
Del gusto y del colorido.

Oyendo tanta alabanza
Se quitó la mascarilla,
Y la crítica gavilla
Mudó el compás de la danza.

Ya los versos eran prosa,
La hinchazon de no acabar,
La gracia hacía llorar,
Y el estro era poca cosa.

¡Valga el diablo por muger!
Dijo para sí el buen hombre:
Como he mudado de nombre,
Se mudó de parecer.

Mas para que una obra cuadre,
¿Qué importa que la haga, ó no,
Ó el tonto que me engendró,
Ó la bruja de su madre?

Yo diría á este escritor:
Vos debeis de ser novicio;
Pues ¿qué es nuevo en el oficio
Mirar quién es el autor?

Porque, aunque el caso es igual,
No es una obra como pera,
Que si es buena se venera
Sea cual fuere el peral.

FÁBULA LXXXVI.

EL PISAVERDE Y EL SABIO.

Y

FÁBULA LXXXVII.

LA LUCIÉRNAGA Y EL TEJON.

Vemos en los cafés

A ciertos Literatos

Hacer gala de ciencia entre insensatos.

Tal vez tú, que me lees,

Serás de esa graciosa cofradía:

Tú sabes si hay en tí sabiduría;

Mas ¿quieres que te diga lo que siento?

Te lo voy á decir: allá va un cuento.

Un Pisaverde vano

Entre gente, que de astros no sabía,

Con un mapa astronómico en la mano

De los cielos la grande teoría

Explicaba una noche,

Cuál si viajára de la aurora en coche.

Aquí está, les decía

Poniendo el dedo índice en el mapa,

Saturno, que se escapa

De la órbita de Marte belicoso:
 Allá Júpiter yace, acá el morboso
 Cáncer. La Junta dijo al ver su enlabio:
 ¿Y no es obispo este varon tan sabio?.....
 Luego después les muestra, segun dice,
 Al cabello sutil de Berenice;
 Y exclama un sacristan mirando al techo:
 ¡Cata aquí un Salomon hecho y derecho!.....
 Á seguida el bellaco
 Les indicó al zodiaco,
 Diciendo con graciosa altanería:
 ¡O qué útil es saber astronomía!
 Pues yo no me lo saco del tozuelo:
 Ahí lo verán, si quieren, en Blondelo:
 Yo lo leí en Du-Hamel, Keil, Skicardo:
 Nada menos lo dice que un Wardo.
 Y la tertulia grita con viveza:
 ¡Cuanto autor tiene este hombre en la cabeza!
 Por fin al ver que en todo es celebrado,
 La nave de Argos indicó á otro lado
 Con las áncoras, jarcias y emboltorio,
 Ya se iba á embarcar el auditorio,
 Cuando un hombre profundo
 De aquellos, que no hay muchos en el mundo,
 Que no citaba autores cuando hablaba,
 Ni iba al café á ostentar lo que estudiaba,
 Ni hablaba mal francés en castellano,
 Ni menos era vano,
 Abrió sus labios pálidos, y dijo:
 ¡Estupenda enseñanza!..... Pero, hijo,

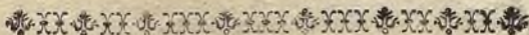
La noche ¿no tendió su opaco velo?
 Pues, ea, indíquenos allá en el cielo
 La cáfila de cosas, de que habla.

Cárate aquí mas mudo que una tabla
 Al insigne estrellero:
 Ello es que solo dijo el majadero:
 ¿Y qué? ¿Yo no lo haría? ¡qué dislate!
 Mas temo que el petate
 Es un censor bellaco
 Capaz de criticar á Horacio Flaco.—
 Y á mí se me asentó entre ceja y ceja
 (El Sabio le repuso allá á la oreja:)
 Que es Usted de los doctos bachilleres,
 Que charlan solamente entre mugeres,
 Ó como la Luciérnaga del cuento:
 ¿Qué? ¿no lo sabe Usted?..... Pues esté atento.
 Este pobre Gusano
 De su gran resplandor alarde hacía.
 Un Tejon, que le oía,
 Le gritó: Escuche, hermano:
 ¿Porqué no luce Usted á mediodía?
 Ya que es tanta su luz como exágera,
 ¿Á qué para lucir la noche espera?

FÁBULA LXXXVIII.

LA DISCORDIA DE LOS RELOXES

Dos amigos disputaban
 Si eran sus relojes buenos;
Y hora y media mas, ó menos
 Siempre los dos discordaban.
 Por mas que tanto variaban
 Cada uno el suyo guardó:
Y en los pareceres yo
 Eso ví; pues cada cual
 Habla del ajeno mal;
Y el suyo ¿quién lo dejó?



FÁBULA LXXXIX.

LA CAMARERÍA DE PLUTON.

Allá en el reyno, donde nunca hay orden,
 Sinó horror inmortal, ay sempiterno,
 Hambre de paz y hartura de desorden:
 En la ciudad de luto y llanto eterno,
A cuya puerta oscura

Está la muerte en hórrida figura,
De áspides y de furias enlazada,
De garfios y cambrones coronada,
Que en caracteres de humo y gas perene
Esta inscripcion en la corona tiene:
„Aquí del ay está la negra estancia:
„Los que aquí entraís, perded toda esperanza”.*
En el Tártaro, pues, el Rey severo
Una plaza creó de camarero;
Y en el salon de audiencia
Se puso á recibir los memoriales.
Preséntase al instante un Usurero,
Que viviendo sin ley y sin conciencia
Robó, y causó á los hombres muchos males,
Pluton le dice: bien, acá veniste;
Mas dime: enpós de tí ¿qué almas trajiste?
Es, pues, cosa muy llana
Que digno del empleo no te hiciste.
Llega luego una linda Cortesana,
Y hace mencion de su sin par aseo,
Sus mimos, sus alhagos,
Con que en mil corazones hizo estragos;
Y decreta Pluton: ¡digna de empleo!
Mas, hoy la verdad digo,
La arte de pervertir murió contigo.

* *Lasciat' ogni speranza voi, ch' entrate.*

DANTE.

Detrás viene un Sofista,
Y dice: Yo, señor, la cosa es vista
No soy tan digno de ganar la plaza.
Ocupéme en el mundo
En hacer del filósofo profundo:
Mas de una vez usé de la añagaza,
Cuidé mucho de gracias y de flores,
Y libros escribí llenos de errores,
Donde con gran malicia
Quise viciar nociones de justicia,
Corromper las costumbres,
El órden alterar, dar pesadumbres,
Y fascinar á muchos;
Mas ya sirven tal vez de cucuruchos.
Aquí Pluton se pone en pié, le abraza,
Y dice en alta voz: tuya es la plaza.
Tú solo traes acá continuamente
Innumerable gente:
Los que lean tus libros, aunque vanos,
Libreros, impresores,
Prensistas, gravadores,
En mi reyno serán los ciudadanos.
¿Qué mas? Tú pueblas desde aquí al averno,
Y allá fundaste un tormentoso infierno.

FÁBULA XC.

LA MOGIGANGA DE LOS MONOS.

Allá en el tiempo de marras,
 Tiempo de hombres muy discretos,
 Que á pesar de los pesares
 Mil cosas buenas dijeron
 Que dijéramos nosotros
 Si naciéramos primero;
 El rey de los animales.....
 Mas claro: el Leon enfermo
 De mal de amores estaba,
Y además triste en exceso.
 Pues para templar su bilis,
 Como digo de mi cuento,
 Un Mono vivarachillo,
 Que sirvió á un titiritero,
 Proyectó una mogiganga
 Hija de cascos no hueros.

A la fama de la escena
 Dos mil Brutos concurreieron,
 Que se sentáron en hila,
 El rabo entre piernas puesto;
Y el inventor de la zambra
 Haciendo culimeneos
 En traje de baylarin
Salió gritando: silencio.

Luego en campanuda arenga,
 Hecha ya para el intento,
 Solicitó la atención;
 Y brincando con despejo
 Á cierta elástica cuerda,
 Que antes había dispuesto,
 Remedó con sal y gracia
 El andar de los Cangrejos,
 Los saltos de las Langostas,
 Y las coces del Jumento.
 Como de caricaturas
 Era el feliz pasatiempo,
 Hasta de las cucarachas,
 De musarañas, insectos,
 Gusarapos y avechuchos
 Imitó al vivo los gestos.
 No hay que describir los vivas,
 Los bravos y el palmoteo
 De todos los asistentes:
 Figúreselo el discreto;
 Y figúrese que en Roma
 Fue la risa mucho menos
 Cuando al Dios del Regocijo
 Alegres fiestas se hicieron.
 Tras de esto pasito á paso
 Los mamarrachos haciendo
 Salió una turba de Monos,
 Dellos mozos, dellos viejos,
 Que las cien mil fechorías
 De alimañas contrahicieron.

Cual remedaba al Lebre
En conejicidios diestro:
Cual como Raposo astuto
Andaba á caza de quesos:
Uno de un gran Lobo huía
Balandó á fuer de cordero:
Otro al pastor con su perra
Imita tieso que tieso,
Va tras del Lobo, y ¡zis zas!
El dale que das fué recio.
Aquí reñían dos Gatos
Por la conquista de un hueso,
Y ojo al través, pelo en arco,
Y sobre dos pies derechos,
Se peynaban el vigote
Cuando héte á un Gozquejo enmedio,
Que aguzando la herramienta
Se hacía señor del hueso.
Allí en fin del Tigre y Oso
Retrataban con gracejo
El derecho de la fuerza,
Que es un diablo de derecho.
En este pícaro mundo
Las cosas y los sucesos
Tienen sus alternativas
De ventura y contratiempo;
Pues lo ayer pena hoy es dicha,
Y lo hoy risa es llanto luego:
Y vé aquí en lo que paró
La mogiganga del cuento.

Fué el caso sin faltar pizca
 Que un Raposo bota-fuegos,
 Que llevaba la atrabilis
 Por lo adusto y rostrituerto
 Á caballo en la nariz,
 Como el Dios Pan otro tiempo,
 Trató de calumniadores
 Al Mono y sus compañeros,
 Porque á plaza le sacáron
 Con las insignias del queso.
 Esto, ya se vé, decía,
 No es mas que cuento de cuentos:
 Por lo demás, ¿quién lo niega? —
 Yo, gritó el Lobo, lo niego:
 No es Juan Lobo ovejicida:
 Lo del queso si que es cierto;
 Y aun no está bien retratado
 El Oso con sus trebejos,
 Ínfulas y turuleques,
 Si va á decir lo que siento. —
 ¿Qué es eso del Oso? Díjo
 El que lo era, de ira lleno:
 Ello es ¡pese á la zambomba!
 En puras carnes enredo;
 Pues ¿cuándo fuí yo cruel?
 ¡Dijérase del Tigre eso!
 ¿Cómo que cruel? Saltó el Tigre:
 ¡Ay cosa! pues yo ¿qué he hecho?
 Vamos, valga la razon:
 Perdóneme el Oso fiero,

Que no es animal de bien,
Y eso le viene de abuelos.

En resolucion: la escena
Ya iba á dar mucho contento
Á hembras desamorosas
Y á taymados herederos,
Si presto su Magestad
No les grita: Caballeros,
Menos ira, y mas paciencia:
Ola, ¿no estoy yo aquí enmedio?
Antes risa, zambra y vivas
Por defectillos ajenos;
Y ahora que se remeda
Sus andanzas, aquí es ello.

No hay que enojarse, Señor,
Saltó el Mono: que no es nuevo.
¿Se critica á otro? ¡gran cosa!
¿Se burla de mí? ¡qué enredo!
Ni es de los señores Brutos
Particular el defecto:
Yo observé cuando servía
Á mi amo el titiritero,
Que tambien entre los hombres
Acaecía lo mesmo.

(179)

FÁBULA XCI.

EL CIEGO PORTUGUÉS.

En lid grande y espesa
Entre gente española y portuguesa
La matanza feroz causó el lamento
De viudas y de huérfanos sin cuento.
Por tamañas desgracias
Entrambas Cortes diéron á Dios gracias:
Huvo diversidad en las gacetas;
Y fecundos poetas
En vez del ay cantáron la victoria,
Y héroes en el templo de la gloria.
Un Ciego portugués en un romance
De suerte cantó el lance
Que al ruido de *espingardas*
Cayéron españolas alabardas,
Y hombres y caballos juntamente.
La boca abierta oíale la gente,
Y al bosquejar la España ya difunta,
Un Fidalgo se arrima y le pregunta:
¿Porqué no cuenta el Ciego
Del arcabuz del castellano el fuego,
Y *ainda mais* los bizarros portugueses,
Que cayéron á tajos y reveses?
El Cantor respondió : ¡Gran maravilla!

Eso toca á los Ciegos de Castilla.

Y yo á los dos diría : pues , señores,
Esa es regla tambien de historiadores.



FÁBULA XCII.

LA TAZA DE AGUA.

Hay quien para lucir entre sensatos
Libros lee á porfía,

Y aun está en borrador de literatos.

Química , Matemáticas , Poesía.....

En suma : no hay invento,

Sobre que no discurra noche y dia.

¿Será tal vez de pobre entendimiento?

¿Ó de flaca memoria?

¿Ó está sin pedagogo de talento?

¡Quién sabe qué será! Vé aquí una historia.

Que se aplica al asunto:

Yo la oí á un literato de Vitoria.

Es el caso que un jóven ceji-junto

Estaba ya cansado

De estudiar tanto autor y tanto punto.

De Linneó , Newton , Pope , el Tostado ,

Blair , Mengs y Euler famoso

Estaba á maravilla enharinado.

¡Qué no sabría el jóven estudioso!
 ¡Cuanto autor, cuanta ciencia
 Tendría en el caletre prodigioso!
 Pues no; ni aun era un sabio de apariençia:
 De suerte que no en vano
 Su Padre, hombre de seso y experiencia,
 Con una taza de agua en una mano
 Entró en su librería;
 Y vertiéndola en tierra el buen anciano,
 ¿Qué vá que no adivinas, le decía,
 Porque la agua que viste,
 Mas profunda en la taza se veía?
 El jóven le contexta: ¡Pues es chiste!
 Bien claro se comprehende:
 ¿No está en tierra extendida? — Bien dijiste;
 Interrumpióle el Padre: Y aun se entiende,
 Ó mi razon es vana,
 Que así es la mente humana:
 Menos profunda cuanto mas se extiende.

XX

FÁBULA XCIII.

EL TOPO, EL BARBO Y EL RATON.

Riberas de una ría
 Yacía un Topo, grave y mesurado

Al igual de Caton en el Senado.
 Un Barbo a la sazón le persuadía
 Que aprendiese á nadar mas velozmente,
 Y el reverendo Topo respondía:

¡Graciosa patarata!

Eso lo hace una Rana fácilmente:

¿No es mas habilidad correr á pata?

Alto, á trotar: ¿parécete trabajo?

¡Mira si es fácil ir la ría abajo!

Semejantes razones

Escuchaba á la cuenta un Ratoncillo.

Ello es que este veloz animalillo

Le halla yo no sé cuándo entre terrones,

Y le dice: Compadre, una palabra:

Pues á la vista está que no soy cabra,

Y en volúmen, figura y por menores

Asemejámonos cuál los errores,

Paz, y al caso: ¿se atreve

Conmigo en la carrera?

El Topo contextó: ¡qué friolera!

Garra aquí, garra allá, se llega en breve.

¿Y qué? ¿corres tú mas? Pues vaya en gracia:

¡Ah! nadar en sí encierra

Mayor habilidad que andar por tierra.

A la agua, pues, amigo:

Ea, ¿quiere el Raton nadar conmigo?


Aquí el Raton taymado

Trajo á las mientes al señor del nado

Del Barbo la aventura,

Y al fin así le dijo: Caballero,

Esa desenvoltura,
 Ese ya nado aquí, ya allá galopo,
 Comprueban á ojos-vistas que don Topo
 Es.... ¿qué? ¿muy charlatan? Y aun majadero.
 ¿Á un cuitado Raton sin nadaderas
 Reta á andar en la ria,
 Y á correr desafia
 Á un miserable pez sin andaderas?.....
 Acabemos: es necio, es vicho, es duende
 El que mueve cuestion con quien no entiende,
 Y obra como un difunto
 Á vista de quien sabe del asunto.
 ¡Bien dicho!.... ¡Así hoy un cuento
 De hinchados mozaibetes,
 Hechos sabios quizás en un momento,
 Juegan los cubiletes
 Segun es la ocasion! Callen el pico,
 Ó el apotegma del Raton aplico.



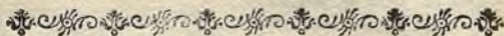
FÁBULA XCIV.

EL VIEJO Y SU VECINO,

Enterró un Viejo cien doblas
 En medio de un arenal,
 Y á un Vecino le da cuenta

Porque al fin hombre es mortal,
 Quien á fuer de buen amigo
 Muy callandico allá va,
 Y le arrebaña el tesoro.
 Cuando el Viejo vuelve allá
 Á visitar su escondrijo,
 Á saber si hay novedad,
 Y vé la hoya sin cadáver,
 Que oro escondido no es mas,
 Da en el hito del compadre,
 Váse á su casa, y sagaz
 Medio palmo de la oreja
 Le cuenta hay mil doblas ya
 Que á esconder é media noche
 Irán entrambos en paz.
 Á la nueva abre tanto ojo
 El amigo ó barrabás,
 Traza nueva arrebatía,
 Y previendo que ir allá
 Y ver el aquí fué Troya
 Muy bobo es si esconde mas,
 Para que no se le vaya
 Con muerto tan principal
 Sin hacerle las exéquias,
 Vuelve al oro á su lugar.
 Como digo, vino la hora
 De aquella solemnidad,
 Van los dos en compañía,
 Uno alegre, otro no tal;
 Llega el Viejo, abre la tumba,

Con sus Dioses Manes da,
 Y arrebujiándoles dice
 Al quita-muertos sin par:
 Quien todo lo quiere, todo
 Lo pierde, enseña el refran:
 Id, compadre, enhoramala,
 Y refranes meditat.



FÁBULA LCV.

EL MONO Y OTROS ANIMALES.

Cuando hablaban los Brutos,
 Cosa bien de crer
 Echándose hoy á autores
 Muchos que yo me sé;
 Entre los animales
 Había mas de cien,
 Que á caza de noticias
 Se andaban en Argel.

Un Mono rabiseco,
 Y ladino un si es no es,
 Á un Cerdo hociquiromo
 Le dijo cierta vez:
 Buen Cerdo, ¿no has sabido
 Que el Leon murió ayer?

Y su rabo entre piernas *
Sin decir mas se fué.

Como cosa de una hora
Pasaría á mi ver
Cuando héte ya en carrillo
Animalejos diez.

Pues llegándose el Mono,
Diz que le dijo el Buey:
Venga acá, seor compadre,
¿Sabe que ha muerto el rey?

El Mono, como el chisme
Había forjado él,
¡Cuerpo de mí! responde,
Eso no es de creer.

¿Cómo no? gritó un Oso:
¡Qué simple es su merced!
Voto á tal que estos ojos
Le acaban hoy de ver.

Y ¿qué es ver? saltó un Tigre:
Ya he comido yo dél:
Allá juntico á la anca
Los cinco le clavé.

En esto el diantre hizo

** Entre las diferentes especies de Monos, los hay sin cola; y hay muchos, que la tienen mas ó menos larga, como puede verse en Buffon y otros escritores de historia natural.*

Que á aun arroyo á beber
 Su Magestad viniese;
 Y al punto que le vé,
 Ola, les grita el Mono,
 ¿Con qué murió ya el rey?
 Vamos, ¿no le vió el Oso?
 Don Tigre, ¿comió dél?
 Digo, señores míos,
 Que vayan al burdel;
 Pues qué son noveleros
 Conozco ya muy bien.



FÁBULA XCVI.

LA COMADREJA.

Por una hendrija vieja
 En un repostc entró la Comadreja,
 Y á fuer de granadero, que entra en plaza,
 Pilla, roe, devora
 Como conquistadora
 Del queso, del jamon y de la caza.
 Á la pobre señora
 No le faltó licor muy exquisito,
 Que avivase la sed y el apaito,
 Y la hiciese llevar dando á Dios gracias

De esta pícara vida las desgracias.
Allí se repapila, y en resúmen
Llena tanto el volúmen
Que excede en gran manera al agujero.
Yo no sé cómo llega en esto un Gato,
De ojo tan perspicaz como de olfato,
Que no daba cuartel al prisionero,
Ó bien por no saber la ley de guerra,
Ó por no ser usanza de la tierra;
Y despues de correr por largo rato
La pilla entre los dientes, y la dice:
La hembra dada al placer muere infelice.



(189)

ÍNDICE.

<i>A</i> QUIEN LEYERE.	pág. 3
CANTATA.	13
FÁBULA I. <i>El Pájaro y el Pastor.</i>	17
II. <i>Júpiter, el Ruiseñor y el Elefante.</i>	19
III. <i>El Mastin delincuente.</i>	12
IV. <i>El Burro.</i>	24
V. <i>Los Monos y el Leopardo.</i>	25
VI. <i>La Academia de los Gatos.</i>	27
VII. <i>El Xilguero y la Hormiga.</i>	30
VIII. <i>El Raposo predicador.</i>	31
IX. <i>Los Ratones en Cortes.</i>	33
X. <i>El Zorro y el Conejo.</i>	35
XI. <i>La rebelion de los animales.</i>	36
XII. <i>El Leopardo enamorado.</i>	40
XIII. <i>El Javalí y la Calandria.</i>	45
XIV. <i>La Nispola.</i>	46
XV. <i>La Parra y el Podador.</i>	47
XVI. <i>El convite de los Ratones.</i>	48
XVII. <i>El Alcalde y su Vecino.</i>	52
XVIII. <i>La Mosea.</i>	54
XIX. <i>El Peral y el Hortelano.</i>	54
XX. <i>El Conde y el Jardinero</i>	56

XXI. <i>El Tartamudo y el Loro.</i>	60
XXII. <i>Los Lirones.</i>	60
XXIII. <i>El Desafío de los Literatos.</i>	61
XXIV. <i>El Burro y el Caballo.</i>	64
XXV. <i>El Loro y la Marmota.</i>	65
XXVI. <i>El Filósofo y la Vision.</i>	66
XXVII. <i>El Rey y los dos Pastores.</i>	67
XXVIII. <i>El Titiritero.</i>	71
XXIX. <i>El Usurero arrepentido.</i>	73
XXX. <i>La Hormiga y la Cigarra.</i>	74
XXXI. <i>La Mosca en el Microscopio.</i>	76
XXXII. <i>El Payo y el Burro.</i>	78
XXXIII. <i>Los Quesos.</i>	79
XXXIV. <i>El Sombrero.</i>	81
XXXV. <i>El Espino y la Higuera.</i>	83
XXXVI. <i>La Rehilandera.</i>	84
XXXVII. <i>El Grillo y la Mariposa.</i>	89
XXXVIII. <i>El Pastorcillo, el Chibo y el Lobo.</i>	88
XXXIX. <i>El Rio caudaloso.</i>	89
XL. <i>El Esclavo.</i>	90
XLI. <i>El Castor y la Liebre.</i>	91
XLII. <i>El Zorro.</i>	92
XLIII. <i>El Mono con cuernos.</i>	93
XLIV. <i>La Liebre.</i>	95
XLV. <i>La sombra del Queso.</i>	97
XLVI. <i>El Asno cargado de esponjas.</i>	98
XLVII. <i>Las Teguas sin orejas ni cola.</i>	99
XLVIII. <i>El Pleyto de la Ostra.</i>	101
XLIX. <i>La Araña y la Zorra.</i>	102
L. <i>El Canto de las Cigarras.</i>	107

LI. <i>El Avariento.</i>	109
LII. <i>El Paisano y el Ladron.</i>	110
LIII. <i>El Patan y las Bellotas.</i>	112
LIV. <i>El Rey y los Presidarios.</i>	115
LV. <i>La Vieja y el Espejo.</i>	118
LVI. <i>Los Barbos</i>	119
LVII. <i>Los dos Ciegos.</i>	120
LVIII. <i>El robo del Relox.</i>	121
LIX. <i>La Burromaquia.</i>	123
LX. <i>El Juicio de violencia.</i>	124
LXI. <i>Los Aventureros.</i>	125
LXII. <i>El Colono y el Armero.</i>	128
LXIII. <i>El Divorcio de la Leona.</i>	129
LXIV. <i>El Tesoro en la Viña.</i>	131
LXV. <i>El Raton y su Madre.</i>	132
LXVI. <i>Los Pastores y la Nube.</i>	135
LXVII. <i>El Conejo Arquitecto.</i>	136
LXVIII. <i>La Araña y la Golondrina.</i>	139
LXIX. <i>Las Manzanas.</i>	140
LXX. <i>El Raposo arrepentido.</i>	141
LXXI. <i>La Carta.</i>	143
LXXII. <i>El Pollo y el Raposo.</i>	145
LXXIII. <i>El Ciego.</i>	147
LXXIV. <i>El Crítico y el Magnate.</i>	147
LXXV. <i>El Caballo.</i>	149
LXXVI. <i>El Concejo de los Zorros.</i>	151
LXXVII. <i>El Ruiseñor en la Jaula.</i>	153
LXXVIII. <i>La Oruga y el Gusano de seda.</i>	156
LXXIX. <i>El Papagayo y las Aves.</i>	157
LXXX. <i>La Culebra, el Raton y el Mono.</i>	159

LXXXI. <i>La Víbora y la Comadreja.</i>	161
LXXXII. <i>El Gálgo y el Gato.</i>	162
LXXXIII. <i>El Ruiseñor.</i>	164
LXXXIV. <i>El Escarabajo y la Rata.</i>	165
LXXXV. <i>El Poeta.</i>	166
LXXXVI. <i>El Pisaverde y el Sabio.</i>	} 168
LXXXVII. <i>La Luciérnaga y el Tejon.</i>	
LXXXVIII. <i>La discordia de los Relojes.</i>	171
LXXXIX. <i>La Camarería de Pluton.</i>	171
XC. <i>La Mogiganga de los Monos.</i>	174
XCI. <i>El Ciego portugués.</i>	179
XCII. <i>La taza de agua.</i>	180
XCIII. <i>El Topo, el Barbo y el Raton.</i>	181
XCIV. <i>El Viejo y su Vecino.</i>	183
XCV. <i>El Mono y otros animales.</i>	185
XCVI. <i>La Comadreja.</i>	187

805

11

x94016039x



The label features the logo of the University of Extremadura, which consists of a stylized 'U' with a building facade above it and 'EX' below. To the right of the logo is a standard 1D barcode. Below the barcode, the text 'E 9402542548' is printed.